



18



CONTRAESPIONAJE

ARMANDO CRISTOBAL PEREZ

**EXPLOSION
EN TALLAPIEDRA**



EDITORIAL
LETRAS CUBANAS
CIUDAD DE
LA HABANA, CUBA,
1980

ARMANDO CRISTOBAL PEREZ

**EXPLOSION
EN TALLAPIEDRA**

Explosión en Tallapiedra es, como bien ha expresado Félix Pita Rodríguez, un logrado hito señalador en el punto de partida de la historia de la narrativa policial cubana. Incorporando a la ficción hechos reales, el autor de esta novela aporta una obra que, por lo importante de su tema, así como por la audacia estructural con que ha sido concebida, llega al lector como culminación de un valioso trabajo creador. La narración transcurre en la década del sesenta. La CIA elabora un meticuloso intento de sabotaje con el propósito de realizarlo en la Planta de Electricidad de Tallapiedra. Para llevar a cabo con éxito esta acción criminal, la CIA capta al ingeniero Francisco J. Cardona, trabajador de la Planta, quien será el responsable de la ejecución del sabotaje. Éste cuenta a su favor con todos los recursos que el enemigo pone a su disposición...

COLECCIÓN RADAR 18



Armando Cristóbal Pérez

EXPLOSIÓN EN TALLAPIEDRA

ePub r1.0
ePub2.0

Premio de novela del Concurso «Aniversario del Triunfo de la Revolución» 1972 del MININT.

JURADO

José Antonio Portuondo
Félix Pita Rodríguez
Capitán Rafael Garriga
Primer Teniente Omar Hernández

Edición: José Tajés
Cubierta: Luis Vega

© Armando Cristóbal Pérez, 1980
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1980

Impreso en el Combinado Gráfico «Alfredo López», del Ministerio de Cultura, en el mes de marzo de 1980, «Año del Segundo Congreso».

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Calle G No. 505, El Vedado
Ciudad de La Habana, Cuba.

Editor digital: WeaR&WaZ

Nota del Editor digital: En la presente entrega, se ha decidido incluir, por aportar otros datos de interés, el Prólogo a la segunda edición, publicada por la Editorial Capitán San Luis (2014), escrito por Daniel Chavarría.

ePub base r2.1





—ewya_#037(22)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos, fundamentalmente; pero también de obras literarias de autores extranjeros, publicadas por editoriales cubanas...

WeaR&WaZ[®]
©RiverDry 01.04.2022

Sobre la publicación de Explosión en Tallapiedra

Cuando en 1972 el Ministerio del Interior decidió convocar un concurso literario de género policial, no existían antecedentes suficientes en la literatura nacional de obras que abordaran esta temática. Entre los objetivos fundamentales del concurso quedaron establecidos, tal y como se han mantenido hasta ahora, el dar a conocer la lucha realizada por nuestro pueblo contra sus enemigos, la estrecha relación entre el Ministerio del Interior y las masas en la lucha común, y la valoración política de esta actividad en defensa de la Revolución.

Aquella primera convocatoria no tuvo un carácter público y solo concursaron miembros del MININT. Por esta razón, y por la presencia de algunos elementos tomados de la realidad que aparecen en la obra, **Explosión en Tallapiedra** no ha sido publicada hasta ahora.

El mantenimiento de iguales objetivos en el concurso, el desarrollo alcanzado por el género policial en nuestro país, el tiempo transcurrido y las transformaciones que ha propiciado nuestro proceso revolucionario, hacen posible y provechosa la publicación de esta novela.

DIRECCIÓN POLÍTICA DEL MINISTERIO
DEL INTERIOR

Explosión en Tallapiedra, un punto de partida

Cuando en 1972 se reunió por primera vez el jurado del recién nacido Concurso «Aniversario de la Revolución», convocado por el Ministerio del Interior, sus cinco miembros votamos, **nemine discrepante**, por **Explosión en Tallapiedra**, del entonces primer teniente Armando Cristóbal Pérez, como la merecedora indiscutible del galardón entre las novelas presentadas.

Para los que habíamos defendido la tesis de que una literatura policial cubana era posible, contraponiéndola al curioso, singular tabú, de rancia estirpe malinchista, que proclamaba sin aducir razones valederas que tal cosa era simplemente absurda, **Explosión en Tallapiedra** era como un inicial certificado de victoria.

Teníamos en las manos una novela en la que se conjugaban con gran destreza los valores tradicionales del género en todas las literaturas, con los requerimientos planteados en las bases del Concurso: Dar a conocer la lucha realizada por nuestro pueblo contra sus enemigos, la estrecha relación entre el Ministerio del Interior y las masas en la lucha común, y la valoración política de esta actividad en defensa de la Revolución.

Y era precisamente en esta aleación, a la que se había calificado de imposible, en la que basaban su argumentación los escépticos.

Explosión en Tallapiedra aunaba de modo insuperable —y muy por encima de lo que esperábamos, pues lo habíamos pensado tarea lenta y prolongada a conseguir por etapas—, los valores esenciales ya clásicos, que convirtieran al género policial, al decir de muchos, en el primero y de mayor aceptación de nuestro tiempo, con los severos requerimientos, por algunos señalados como limitación insalvable, que la convocatoria exigía. Ello significaba, sin dejar resquicio para la duda, que el principal obstáculo

alegado, considerado como infranqueable, había sido salvado limpiamente y en el primer intento, lo que confería a su autor categoría de iniciador.

Pero no era este el único mérito que los jurados señalaron en la novela de Armando Cristóbal Pérez. Había algo más en lo que todos convinimos de inmediato: su audacia estructural, la originalidad de los recursos formales que el autor había montado sabiamente para lograr una estructura adecuada, a la vez incitante y serenamente reflexiva. Todos los elementos que integran el perfil clásico de la novela policial, estaban en ella. Y con ellos, en sutil y compacta aleación que enriquecía el resultado final, estaban los otros, los que por proceder directa y únicamente de la realidad revolucionaria, iban a dar a la literatura policial cubana el perfil y el relieve que ya la singularizan.

Explosión en Tallapiedra debe, pues, ser considerada para la historia de la narrativa policial cubana como el hito señalador de su punto de partida, su inicial realización lograda. Y todos los que de un modo u otro participamos en esta aventura que ya hoy podemos calificar de victoriosamente culminada, tenemos la obligación de ser un poco sus historiadores, señalando los derroteros seguidos y las batallas empeñadas, y colocando en el lugar que les corresponde a los que asumieron la difícil tarea de abrir con la marcha los caminos a transitar.

A Armando Cristóbal Pérez corresponde, por su **Explosión en Tallapiedra**, el hermoso galardón de iniciador. Un año después, en la segunda convocatoria del Concurso, ratificaría su derecho al título, al poner en las manos de los jurados otro libro aún más logrado y perfecto: **La ronda de los rubíes**, novela con la que volvió a conquistar el premio como la mejor entre todas las presentadas ese año, añadiendo así a sus indiscutibles méritos como iniciador del género, los que le califican sobradamente como destacadísimo cultivador de la narrativa policial cubana, a la que ha de enriquecer y perfeccionar en el futuro con nuevas muestras de su espléndido talento creador.

FÉLIX PITA RODRÍGUEZ

Al lector

La acción de esta novela se desenvuelve a principios de la década del sesenta. Es decir, que el lector debe valorar históricamente situaciones que ocurrieron hace ya casi veinte años. Muchas cosas han cambiado desde entonces. En los métodos y acciones del enemigo. En el proceso mismo de nuestra Revolución. Pero la esencia de esta compleja batalla, parte de la cual se libra de manera anónima, los principios que rigen su existencia, se mantienen inalterables.

Las circunstancias en que fuera escrita condicionaron en buena medida el resultado. De escribirse en nuestros días, tal vez sería distinta formalmente. Entre las primeras obras del autor, adolece de los naturales defectos de casos similares. Se ha intentado rectificarlos. Se ha realizado una revisión general de la obra. Pero se ha pretendido que ello solo contribuya a una mejor comprensión y disfrute por parte del lector.

De esta manera, por un elemental respeto histórico, se han mantenido el estilo y la visión general de cuando fuera escrita, aun a costa de mostrar sus indudables limitaciones en el plano estrictamente literario.

A. C. P.

La Habana, septiembre de 1978

Prólogo a la segunda un edición

A mediados del siglo XX, tras dos acerbos guerras mundiales, la aceleración del desarrollo industrial y el surgimiento de filosofías negativistas permean la literatura en general. Y según avizora don Alfonso Reyes, la única verdadera novedad positiva en el campo de la narrativa, es la novela policial.

En su obra Ensayos, 1949, el lúcido crítico mexicano se refiere a la muy difundida línea policiaca de los escritores hard boiled, como Dashiell Hammett, Raymond Chandler, McCain y otros. Con valentía y total acierto, estos llamados “duros” norteamericanos solían denunciar en sus tramas, la falsedad del triunfalismo norteamericano de postguerra que se proclama pueblo elegido, imperio de la democracia y el derecho.

Ya en los tempranos años 40, los duros testimonian sobre la corrupción generalizada, la venalidad de la justicia vendida a los peores intereses y la connivencia de mafiosos y senadores. Por supuesto, muy pronto serían blanco de la cacería de brujas montada en Washington por el implacable senador McCarthy que los acusara de comunistas.

Sus personajes de la policía resultaban tan ladrones y asesinos como los delincuentes; y al difundirse por Europa, ese género de denuncia social pasó a llamarse “novela negra”, derivado de la Série Noir de la editora Gallimard, dirigida por el consagrado literato Georges Duhamel.

En 1971, el Instituto Cubano del Libro publicó la novela Enigma para un domingo, del escritor cubano Ignacio Cárdenas Acuña. Era la primera novela policiaca publicada en Cuba después del triunfo de la Revolución; pero de cubana solo tenía las locaciones en el Barrio Chino de La Habana. Se trataba de un calco muy aproximado de los personajes, el lenguaje y el

estilo de las peripecias frecuentes en las novelas de Michael Spillane y otros autores norteamericanos de novela negra emparentados con los duros por el tremendismo, pero no así por la áspera crítica a los desmanes del establishment conformista.

No obstante, el libro de Cárdenas, muy bien armado, tuvo una excelente acogida de público; y la Dirección Política del Ministerio del Interior, con una clara noción de cuánto puede influir el género policiaco en la formación cultural e ideológica de un gran público, concibió la idea de patrocinar un premio con otra orientación temática.

Se decidió llamarlo Premio “Aniversario de la Revolución”, y su primera convocatoria cerró la admisión de las obras participantes el 1º de enero del 72, en homenaje a la primera década de la gran gesta patriótica consumada ese día.

En las bases del Premio, entre sus objetivos fundamentales, se estableció dar a conocer la lucha realizada por nuestro pueblo contra sus enemigos. Se recomendaba destacar la estrecha relación entre los miembros de la PNR y la Seguridad del Estado con las masas populares; y enfatizar que pueblo y Estado eran una misma cosa, en su lucha común contra ladrones y asesinos, o en la captura de infiltrados y elementos contrarrevolucionarios al servicio de la CIA.

Nadie hubiera podido prever en ese entonces, ni los expertos en literatura, la influencia tan beneficiosa que el concurso anual del MININT ejercería sobre el desarrollo de la novelística en Cuba; y no solo de la línea policiaca detectivesca o de espionaje, sino en la narrativa general.

Un grave error entre principiantes con vocación de narradores, y en particular los de buena formación académica, era su intento por escribir novelas al estilo de los autores que ellos entronizaban como paradigmas. Los estudiaban a fondo, trataban de imitarlos; y en este intento fracasaron una y otra vez. Muchos jóvenes, llevados de sus apetencias estéticas, intentaron escribir al estilo de García Márquez, Vargas Llosa, Carpentier, Hemingway, Thomas Mann, y a lo largo de veinte años, nunca pudieron terminar una novela. Tras haber escrito una primera treintena de páginas, leían el resultado, lo comparaban con los de sus venerados ídolos y encontraban una diferencia tan abismal que optaban por romper sus cuartillas.

Algunos más contumaces y pacientes, lograban a empellones terminar una primera novela y la daban a leer a sus amistades que se las descalificaban con ásperas críticas.

Más de seis décadas antes de iniciar este prólogo, yo mismo escribí dos bodrios infames y pagué de mi bolsillo sendas tiradas de 300 ejemplares en una imprenta de Montevideo. Era entonces un comunista de barricada y aquellos dos primeros engendros solo me sirvieron para burla de entendidos y bostezos de mis camaradas profanos. Luego, fracasé en ocho novelas antes de llegar siquiera a un tercio de lo planeado; y solo a la edad de 45 años, gracias a la existencia del Premio MININT logré terminar y publicar en Cuba mi primera novela, Joy.

Otro muy diferente fue el caso de Explosión en Tallapiedra.

Cuando Armando Cristóbal Pérez conoció las bases del concurso “Aniversario de la Revolución” sintió el inmediato impulso de participar.

Su modesta producción literaria iniciada en la adolescencia se veía limitada por una fervorosa entrega a las tareas de seguridad nacional que le copaban casi todo el tiempo. Su agotamiento diario no le permitía casi nunca el tiempo de reposo que le reclamaba el organismo. Y mucho menos el ocio indispensable para inspirarse a borrar cuartillas.

Y si asumía la tarea de escribir una novela que satisficiera las bases del concurso, se vería forzado a inspirarse en situaciones convincentes y a tipificar los avatares de la pugna diaria contra el poderoso enemigo. Las bases del premio reclamaban también otra tarea mayor para un escritor poco fogueado: la siempre muy difícil humanización de los personajes mediante el recurso de mostrarlos por dentro.

No podía renunciar a aquel reto. Se le ofrecía la plausible alternativa de combinar su vocación literaria y el deseo de alcanzar, en una obra de gran circulación, los deseados perfiles éticos e ideológicos sin caer en reiteraciones “tecosas”.

Al fin, optó por apelar a los recursos de la mejor narrativa moderna de la época, que solo conocía de forma pasiva, como el lector inveterado que siempre fuera. Durante sus diarias pesquisas llevaba siempre libros en su maletín, para leer en guaguas, puntos de vigilancia, o espera en antesalas de despachos, hospitales y cualesquiera lugares adonde lo situaran sus

superiores. Y de no ser porque entendió claramente la importancia y repercusión ideológica de aquel concurso, nunca se habría atrevido a recurrir a tales técnicas. Era una audacia semejante a la requerida en muchos de sus quehaceres militares y a veces detectivescos; y lo era porque nadie hasta ese momento las había empleado en novelas policiacas o de espionaje.

El llamado a concurso, fue para Armando Cristóbal, una nueva tarea. Entendió que la Revolución le encomendaba de modo tácito, poner su vocación literaria de siempre al servicio de tramas de nuevo tipo. Debían ser realistas, fidedignas, enmarcadas en la coyuntura histórica, con calidad, atractiva para un gran público, pero sin falsedades ni teque.

Los novelistas con cierta experiencia, saben lo difícil que resulta adquirir y dominar el oficio narrativo. En tal sentido fue casi una proeza que el entonces joven primer teniente del MININT pudiera, de la noche a la mañana, sacar a plaza recursos estilísticos de la modernidad.

Desde el *Ulysses* de James Joyce, publicado en 1926, más los aportes durante cuatro décadas y media de algunos narradores de la élite norteamericana y europea, se perfeccionaron modalidades estilísticas como el monólogo interior, el *fluir* de la conciencia, las rupturas de tiempo y espacio, la narración monologal en segunda persona, o los coloquios caóticos donde se mezclan en bloques, con escasa o ninguna puntuación, los diálogos indirectos y lo dicho, hecho o pensado por un mismo personaje.

El único escritor hispano que lograra grandes éxitos con tales técnicas fue el peruano Mario Vargas Llosa, excelente escritor, y por esos misterios de la literatura, execrable persona.

Y no solo Armando está en deuda con el concurso “Aniversario de la Revolución”, que ya se ha convocado a lo largo de 41 años. Lo estamos muchos de los escritores frustrados en la juventud. Algunos menospreciábamos el policiaco y con sobrada razón; porque hasta la primera convocatoria del MININT, el 90 por ciento largo de la producción policiaca mundial era pura basura: culto a la violencia, al horror, a los esquemas de brutal inmoralidad imperantes en el mundo marginal de las grandes urbes; salvo, desde luego las honrosas excepciones de Simenon, una pareja de suecos, los duros norteamericanos de los años 40 y las primeras

obras de John Le Carré, un indudable maestro de la prosa inglesa que logra plasmar su ardua crítica a la deshumanización de los profesionales de la inteligencia.

La convocatoria del MININT, de hecho adcentaba y ampliaba muchísimo el panorama temático del género y permitía, con leves concesiones, considerar la creación policiaca como una puerta abierta a los narradores primerizos, para vencer la extrema exigencia de calidad del Instituto Cubano del Libro, cuya meta trazada era la educación estética e ideológica de la población.

Y algo muy importante: el MININT contribuyó a la formación de muchos literatos que, iniciados en el policiaco, luego incursionaron en otras líneas novelísticas, como la historia, el costumbrismo, el humor, la introspección, la crítica. Porque uno de los requisitos del policiaco es la coherencia cronológica y el perfecto ensamble de los contenidos, sin dejar nunca cabos sueltos como es frecuente, en la llamada novela de la main stream con sus finales abiertos y con un gran abuso de la sugerencia sin precisiones. La trama policiaca exige un mecanismo de relojería. Y cuando los que fuimos jóvenes frustrados, teníamos ahora que ocuparnos de este difícil engranaje policiaco, ya las viejas telarañas veleidosas de querer escribir como fulano o mengano, no nos lastraban; y así pudimos muchos terminar nuestra primera novela. Y si algo resulta importantísimo para iniciarse como novelista, es poder iniciar una novela con la certidumbre de poder terminarla.

Muchos autores cubanos, pues, tienen con el Premio “Aniversario de la Revolución” la misma deuda de Armando Cristóbal Pérez, que al año siguiente de su triunfo con Explosión en Tallapiedra, volvió a ganar el Concurso del MININT con una obra más acabada y de mejor factura general, como La ronda de los rubíes.

Y hay muchos Cristóbales que tras debutar como relojeros policiacos nos atrevimos, gracias al Premio “Aniversario de la Revolución” a escribir novelas históricas u otras, y poesía, y crítica, en fin, de todo un poco.

DANIEL CHAVARRÍA

Para William, mi hermano

«...tener la mente fría,
el corazón ardiente, las manos
limpias...»

F. E. ZHERSHINSKI

I. Prepare la carga con cuidado

«Necesario esté bien familiarizado con equipo sabotaje para poder armarlo rápidamente sin equivocarse bajo tensión...»

(DE UN MANUAL DE LA AGENCIA
CENTRAL DE INTELIGENCIA DE
LOS EE. UU.)

En realidad estas cuartillas no son otra cosa que un conjunto de notas apresuradas, grabaciones transcriptas y copias de documentos. Aquí se mezclan, todavía sin una sabia elaboración, fragmentos de realidad e intentos de literatura. Si algún valor tienen, es el de mostrar aspectos poco tratados en las verdaderas novelas policiales. Aspectos que quizá no resulten de interés para esta clase de entretenimiento. Probablemente el teniente no realizó una adecuada valoración al escogerme para tal empresa.

Una novela policial. Esa era su solicitud. Fiel a la realidad hasta donde fuera posible. Que interesara al lector. Y, además, con las particularidades del país, que las tiene en esto como en cualquier otra cosa. ¿Y por qué a mí? Casualidades de la vida. En esencia, la necesidad. Yo era la posibilidad más inmediata.

Algo he leído del género policial. ¿Quién no? Pero escribir una novela, y con aspiraciones de innovación, no se me habría ocurrido. Sin embargo, el teniente insistía. Casi sin darme cuenta, me comprometí.

Mas no debo ser yo quien juzgue, ni continuar dando justificaciones. Con verdadera dedicación inicié el trabajo. Paso a paso fui adentrándome en un mundo desconocido. Comencé por revisar los expedientes de varios casos ya cerrados. Me fue útil. Descubrí métodos y hábitos de trabajo. Situaciones y hechos sorprendentes. Pero ni todo ello era suficiente, ni lo que ya entonces

buscaba. Pasado algún tiempo, ni siquiera había logrado hilvanar una historia coherente.

Una tarde de esas en que el teniente venía a verme, le solté el problema. No había nada todavía. Y difícilmente lo lograría a menos que él me ayudara. De momento no pareció entenderme. Propuso revisar de nuevo en los archivos. Resultaría inútil, objeté, ya tenía todos los elementos técnicos necesarios. Ahora necesitaba lo esencial, lo humano. Me miró desconcertado. No entiendo, me dijo.

Sí, le respondí. Los expedientes son fríos, escuetos, solo reflejan la vida en momentos muy fugaces. Y a mí, exclamé con el mayor énfasis posible, no me interesan tanto la intriga o los enigmas para escribir una novela de género, con el significado humano de las relaciones entre hombres que se enfrentan, revolución y contrarrevolución, espionaje y contraespionaje.

Se me quedó mirando con algo de sorpresa. Era evidente que la inesperada descarga había surtido efecto. Solo dijo: ¡Veremos!, y se marchó. Pero yo sabía que había logrado mi propósito. Días después me llamó a la casa. Nos veríamos en su despacho esa misma tarde. Podía llevar la grabadora.

No obstante esperar algo por el estilo, me sorprendió la rapidez de su respuesta y no conseguí suficiente cinta para la grabación. Pero a las tres estaba tocando a la puerta de su oficina.

Abrió él mismo. Bromeó sobre mi puntualidad. Comentamos cosas intrascendentes. Se acercó a la ventana mientras encendía un tabaco. Se volvió hacia mí. Cuando comenzó a hablar, su voz era casi un susurro. Algo sorprendente, sobre todo para alguien como yo, acostumbrado a escuchar su tono vibrante y apasionado. Después de unos minutos, se interrumpió y me dijo, mientras hacía un gesto de impaciencia: ¡Echa a andar ese aparato!

La grabadora estaba lista. Mi agenda de notas también. Le di una vuelta al botón del encendido y quedé pendiente de sus palabras. Ahora, cuando he vuelto a escuchar la grabación, comprendo mejor su actitud de entonces.

El teniente comienza su relato

«A fines del sesenta y cuatro, recibimos una carta breve, atropellada y confusa, pero interesante.

La firmaba un ingeniero de la Empresa Eléctrica. Otro ingeniero le había estado hablando sobre cosas que podían hacerse en la Planta de Tallapiedra. Cosas de contrarrevolución, ¿me entiendes?, hasta de sabotajes le había hablado. El informante parecía asustado. En estos casos es necesario precisar y verificar la información directamente. Era una posible señal de actividad enemiga, y se le encargó la investigación a Ulises, uno de nuestros oficiales. Desde la primera entrevista, Ulises comprendió que nuestro nuevo informante era un hombre inteligente y serio, aunque no revolucionario. En esa época trabajaba en la Empresa un personal muy heterogéneo, especialmente entre los ingenieros y técnicos. La mayor parte de ellos había sido formada antes del triunfo de la Revolución. Unos compartían en general los principios revolucionarios. Otros vacilaban, eran apáticos, estaban descontentos. Algunos adoptaban actitudes contrarrevolucionarias. Había antiguos empleados de las compañías yanquis, hasta aquellos formados en los Estados Unidos, pero graduados después del cincuenta y nueve. Se había producido ya el éxodo de muchos de ellos. Al mismo tiempo, comenzaban a incorporarse algunos técnicos graduados por nosotros. Como comprenderás, dentro de un marco tan complejo podía esperarse cualquier cosa. Y Ulises debía comenzar por entrevistarse con el espontáneo informante...»

El teniente continuó relatando los inicios del caso, y yo, preocupado ante la limitada cantidad de cinta decidí apagar la grabadora, esperar a tener los elementos fundamentales y hacer después un resumen grabado.

Pero su narración se enriqueció con anécdotas que no fueron grabadas y ahora se me revelan como imprescindibles. Será necesario mostrar algunas de ellas. Por ejemplo, aquella primera entrevista.

Ulises visita al informante

El hombre queda pensativo. Mira cómo el humo se disuelve haciendo cabriolas en la atmósfera refrigerada. Ulises espera. Sabe que, tras la aparente calma e indiferencia, aquel hombre toma una decisión importante, medita las consecuencias. Habla por fin, como si estuviera solo.

—Lo principal sería volar la Planta.

Ulises decide aprovechar el comentario para intervenir de nuevo.

—¿Ya han comenzado los preparativos?

—No sé, no sé... —responde el otro, aun sin mirarlo.

—¿Entonces? —pregunta Ulises por segunda vez en esa mañana.

—Solo me dijo que resultaría fácil. Es necesario saber...

—Usted tiene en sus manos la posibilidad. La única posibilidad por ahora.

—Pero no me acostumbro a la idea... además —el hombre se vuelve hacia Ulises. La confusión marca su rostro enrojecido repentinamente—, ustedes saben... deben saber que yo... mire, en realidad yo no estoy integrado a la Revolución. Eso lo saben. Deben saberlo. Nunca he tenido que ver con la política, soy un técnico. Si ahora he dado este paso es...

—Lo sabemos. Todo eso lo sabemos —lo interrumpe Ulises—. Pero usted reaccionó ante la proposición. Nos avisó. Comprende lo que significaría ese sabotaje. Es una responsabilidad moral, aunque solo sea un técnico y no tenga que ver con la política. —No puede evitar alterarse. Hace una pausa y entonces habla con mayor calma—. Para nosotros es suficiente en un caso como este. Sobre tal base podemos trabajar, si usted está dispuesto.

El hombre parece tranquilizarse. Retoma la normalidad a su rostro.

—Bien. Si es así, yo he hablado francamente. Confío en que usted también. ¿Qué tengo que hacer?

Ulises sonríe satisfecho. Se sientan juntos en el sofá. Conversan durante casi media hora.

—Dos cosas más —dice Ulises al levantarse—. De ahora en adelante usarás el nombre de **Néstor** para firmar tus informes.

—¿Y la otra?

—No me trates de usted.

Néstor le da un apretón de manos y se marcha. Ulises se dirige a la ventana encristalada. Oscurece sobre la ciudad y las luces de los edificios van destacando su contorno en altura. Más allá, las farolas del Malecón ciñen la ciudad. Al fondo, la bahía es una mancha oscura. A un costado, humean las torres de Tallapiedra.

Fragmentos del primer informe de Ulises

...Néstor conoció al ingeniero Cardona por medio del también ingeniero Tomás Santiesteban, segundo jefe del Departamento. Según opinión de Néstor, Santiesteban ha estado realizando un estudio sobre él, para que después Cardona lo abordara. Con esta información no es posible precisar con suficiente claridad si Cardona y Santiesteban son miembros de alguna red enemiga, y en ese caso, cuáles son sus verdaderas tareas. Tampoco conocemos los medios de comunicación que utilizan... Teniendo en cuenta las características personales de Cardona, Néstor opina que es difícil aceptar sea este quien dirija a Santiesteban. Admite la posibilidad de que Cardona no sea el jefe del grupo, sino la cubierta de otro situado por encima de él... Propongo orientar a Néstor para lograr, a través de sus relaciones con ambos ingenieros, definir esta situación. Al mismo tiempo, deberá realizarse un amplio plan de investigaciones...

Entrevista de Ulises en la Empresa Eléctrica

...no, no basta, ¿y si está loco? ¿si el otro le está corriendo una máquina? ¿si este quiere hacerle un número ocho por intereses personales? ¿con una cosa así? ¿volar la planta? ¡no! ¿y por qué no? ¡qué va! ¡tantas vidas humanas! ¿a esa gente?, pero aunque fuera cierto, no sabemos nada en realidad, una conversación, unos antecedentes, nada más, néstor parece honrado, ¿y si no lo es? ¿si ha participado y ahora, por temor, se adelanta y culpa al otro? ¿y el otro?, no sabemos nada de ese cardona, ni de santiesteban, no sabemos nada.

—Puede pasar, compañero —le dice la recepcionista, interrumpiendo sus pensamientos.

Ulises espera frente al elevador, mirando las puntas de sus zapatos. Al abrirse la puerta, casi tropieza con la única persona que viene en él. El encuentro lo sorprende. Por primera vez lo tiene cara a cara, pero lo hubiera reconocido en cualquier lugar.

La foto que ha recibido días antes es reciente. Y a un hombre entrenado como él, le permite comprobar que se trata de la misma persona: el ingeniero Cardona. En ese fugaz encuentro ratifica la certeza de que el pelo es

entrecano, realmente es gente de tez muy pálida, y solo se destaca físicamente por una nariz extremadamente afilada.

Pero no se queda parado ante el elevador abierto. No vuelve el rostro. Mientras el ingeniero se marcha, entra y marca el piso catorce. Sonríe, su pensamiento gira alrededor de las casualidades de la vida.

No tiene que esperar. El ingeniero Sandoval, funcionario de la Empresa, lo hace entrar enseguida. Lo mira inquisitivo a través de los espejuelos. Ulises se identifica.

—Una investigación de rutina, sobre un ingeniero que trabaja en la Empresa —explica.

—¿Y trabaja en...?

—Aquí, en este Departamento de la Planta.

Al tiempo que habla, Ulises le extiende un papel. El ingeniero lo mira brevemente.

—Hay problemas allí —dice.

—Sí, lo sabemos.

—Problemas técnicos.

—Y políticos.

—También. Precisamente quisiera que hablara sobre todo eso.

El ingeniero comienza hablando sobre los problemas técnicos. Decide mostrarle algunas cosas. Salen al pasillo, y a dos puertas entran en un pequeño salón. Sandoval busca el proyector en una estantería y lo monta con un carrete de diapositivas. Apaga la luz. En la repentina oscuridad, Ulises solo ve imágenes de distintas secciones de la Planta. Cada una de ellas le llega acompañada por los comentarios de Sandoval, cuya voz suena a sus espaldas. La exposición dura quince minutos. Regresan entonces a la oficina.

—Como usted sabe, hay algunas instalaciones muy viejas y en mal estado —reinicia la conversación el ingeniero—. El bloqueo y la falta de piezas de repuesto han contribuido también. Áreas como esa última que le mostré tienen un alto grado de peligrosidad, y solo por las medidas de seguridad que hemos tomado, se logra un aceptable grado de funcionamiento.

—Ocurrirán problemas a menudo —opina Ulises.

—Sí, constantemente tenemos que estar corriendo ante accidentes inesperados.

—¿Y todos son achacables a la situación técnica?

El ingeniero se pone en pie. Da algunas vueltas. Demora su respuesta.

—Bueno, no podría responderle con exactitud. En estas cosas pesa mucho el criterio técnico, y no siempre dos especialistas están de acuerdo. A veces nos quedamos sin saber cuál fue el origen de un problema, o si la solución inadecuada...

Se detiene frente a Ulises. Trata de ser objetivo.

—...las intenciones no cuentan al evaluar una solución técnica —dice al fin.

—Es su opinión como ingeniero, ¿y como revolucionario?

Durante unos minutos quedan en silencio. Sandoval vuelve a sentarse. Su semblante y voz reflejan una mayor tranquilidad.

—Mire, es difícil en estos casos no parcializarse por lo que uno haría técnicamente y pensar que otras soluciones son mejores. Como revolucionario, sí debo tener en cuenta las intenciones. Eso es fundamental. Pero las intenciones muchas veces solo pueden conocerse por la actitud. —El ingeniero hace una pausa intencionada—. ¿Conoce el tipo de personal con que contamos?

—¿Técnicamente?

—No. Políticamente. Hay muy buenos compañeros entre los viejos, pero no siempre están claros y solo ven las cosas de un modo profesional. Por otra parte, existe personal desafecto a la Revolución. Los intereses de siempre, de antes. Los más connotados se fueron, pero otros se quedaron.

—¿Y el ingeniero Cardona? —lo interrumpe Ulises.

Sandoval hace un gesto con la cabeza.

—Es bastante bueno en su especialidad —dice, mientras Ulises anota en su agenda—. Con respecto a la Revolución, se muestra apático. Tiene un carácter inestable. Le resulta difícil establecer buenas relaciones. Trabajador. Colabora en las actividades cuando no son marcadamente políticas. Su participación es pasiva.

—¿Su labor es importante? —vuelve a interrumpir Ulises.

—Muy importante.

—¿Está vinculado a algún punto crítico de la Planta?

—Sí.

—¿No es ello peligroso? ¿No hay otros que pudieran hacerse cargo de ese trabajo?

—Por ahora no.

—¿Y quiénes son sus mejores amigos?

Una vez más Sandoval reflexiona.

—¿Amigos? —repite en voz baja—. Tiene pocas relaciones. Pero sí, el ingeniero Santiesteban, Tomás Santiesteban. Un gusano público. No muy cumplidor en su trabajo. Técnicamente superior a Cardona. Individuo muy enérgico, decidido. Mucha aceptación entre las mujeres. Un caso difícil.

Ulises revisa sus notas. Da las gracias a Sandoval mientras éste lo acompaña hasta el elevador. No. Evidentemente no basta.

Algunos pocos datos

...de las investigaciones preliminares en los archivos, se conoció que los mencionados Cardona y Santiesteban son viejos amigos y que ambos cursaron estudios en la Atlanta University. Regresaron a Cuba en distintas fechas, y mantienen las mismas relaciones de amistad. La familia del ingeniero Santiesteban es de conocida integración revolucionaria. Él es el único que no acepta los cambios producidos. Aprovechando sus relaciones en la Empresa, consiguió que su amigo Cardona entrara a trabajar en la Planta tan pronto este regresó de los Estados Unidos. Ambos muestran claramente sus simpatías por el modo de vida norteamericano. Sin embargo, mientras Santiesteban se pronuncia públicamente contra la Revolución, Cardona aparenta no estar interesado en la política...

Una cederista le cuenta a Ulises

Ulises parquea su carro bajo el único framboyán que hay en la acera y retrocede media cuadra. Allí se observa el letrero con las tres letras pintadas con brocha. Empuja la verja y cruza el pequeño jardín. Espera unos minutos. En la puerta aparece una anciana. Ulises muestra su carné y la mujer, al tiempo que sonrío, lo hace pasar a la sala.

—Perdone —dice ella—, todo está regado, pero tuve que darles el almuerzo a los nietos. Ahora se fueron para el colegio. Mi hija trabaja en la

calle y figúrese, ¿quiere café?, acabo de colar —y sin darle tiempo a responder, añade—: ¡Siéntese! —y lo deja solo.

Una sala como otra cualquiera. En una esquina, la máquina de coser. En la pared, una vieja foto, y debajo, un búcaro con flores. Al otro lado, una alegoría revolucionaria. Un televisor nuevo sobre una mesita de hierro.

Ulises no puede terminar la observación, porque Blanca regresa con una taza en la mano, se sienta junto a él y habla, ahora pausadamente.

—¿La familia del ingeniero? Bueno, le voy a decir, es el matrimonio y la madre de ella. No se meten con nadie. Muy callados.

—¿Son revolucionarios?

—¿Quiénes? ¿Ellos? ¡Qué va, hijo!

—¿Y cómo lo sabe? ¿No dice que son muy callados? —bromea Ulises. Los ojos de Blanca brillan tras los espejuelos.

—¡Ay, compañero! Esas cosas no hay que decirlas. Mire, cuando se orienta poner las banderas, ellos no las ponen, o se van todo el día. Cuando hay un acto en la Plaza, ni van, ni ponen la televisión. Nunca han hecho trabajo voluntario aquí, ni por otro lado, que yo sepa. ¿Qué le parece?

—Son un poco apáticos, ¿no cree? —insiste Ulises risueño.

—¡Apáticos! —y Blanca da por terminada la broma, para hablar de cosas más sustanciosas—. Él estaba en Estados Unidos, vino hace año y pico o dos años; estudiaba allá. Dejó un hermano que no quiso venir. Reciben cartas, paquetes, ropas y cosas, yo no sé bien.

Aun conversan un rato más. Ulises anota en la agenda: Gente moral. Nada de escándalos. No salen mucho. Se quedan por las noches. Los sábados, el matrimonio sale. La madre, pocas veces. Tienen un automóvil chiquito, pintado de blanco.

—¿Qué marca, sabe la chapa? —intenta precisar.

—¡Ah, no! Yo no sé de marcas. Ni la chapa. Pero se las consigo rápido, cuando usted quiera, para mañana si quiere, esta noche, cuando él venga...

Al marcharse, Ulises cruza frente a la casa de Cardona. Pintada de azul. De una sola planta. Con un jardín muy cuidado. Una buena casa.

El teniente continúa su historia

«Ulises sostuvo una nueva entrevista con Néstor. Cardona había estrechado sus relaciones con él, pero no acababa de exponerle su verdadero interés. Era necesario presionarlo. Néstor debía aparentar haber comprendido sus intenciones y en participar en las faenas. Durante la fiesta de fin de año, Néstor aprovechó un aparte y le planteó su deseo de cooperar y le agregó que estaba seguro del tipo de actividades que desarrollaba. Al parecer, su actitud surtió efecto. Cardona le dijo que hacía tiempo esperaba su proposición, porque había estado estudiándolo, después de haber recibido referencias del ingeniero Santiesteban, y que en lo adelante no debía comentar, ni con este ni con otras personas, absolutamente nada sobre sus relaciones, porque serían muy secretas. Le aseguró haber venido a Cuba con una misión muy concreta: volar la Planta. Además, como parte del trabajo, debía suministrar informaciones, en lo cual Néstor podía ayudarlo de una forma considerable. Quedaron en volverse a ver. En esa ocasión le diría el tipo de información que necesitaba. Fue en los primeros días de enero cuando le hizo la primera solicitud. Después le explicó que en breve tiempo realizarían el sabotaje de la Planta, para lo cual utilizarían bombas pequeñas. Y que este trabajo lo realizarían ellos dos solamente. Entonces le diría donde debían esconderse tras realizarlo...»

El teniente detuvo su relato en ese momento y yo apagué la grabadora. La oficina estaba llena de un humo denso y azul. Apagamos el aire acondicionado y abrimos las ventanas sobre la ciudad.

Debían de ser más de las seis de la tarde, y, sin embargo, el sol calentaba fuertemente. Decidimos bajar a estirar un poco las piernas. Mientras caminábamos por el jardín, metido él en sus pensamientos, yo pensaba, sobre todo, en Néstor. Era valiente. Pero no era esta cualidad lo que me llamaba la atención, sino su entereza moral, su honestidad. Porque si no, ¿cómo había aceptado tal compromiso? Solo un aventurero o alguien de la mayor integridad podían defender una causa que no era la suya. ¿Qué pensaba el teniente sobre esto?

Él prefería no adelantar sus opiniones, porque tendría que acelerar el relato, pero, añadía con ironía, estaba de acuerdo; mi análisis era correcto: solo un aventurero o un individuo moralmente íntegro haría una cosa así.

Desvió la mirada hacia la entrada lateral del edificio, dijo tener apetito y me invitó a comer. Después continuaríamos conversando. En realidad, yo deseaba conocer más y más. Pero no era justo insistir. La parte más difícil le correspondía al teniente. Acepté su invitación. Durante la comida conversamos sobre muchas cosas, pero no mencionamos el caso. No obstante, yo no hacía más que pensar en ello. Subimos a su oficina. Y el teniente reinició su historia:

«Puede decirse que Cardona había llegado a la determinación de utilizar a Néstor en el sabotaje porque este le parecía un hombre decidido. Lo había impresionado. Para conocer si era cierto que Cardona tenía los explosivos, Ulises orientó a Néstor que le planteara la necesidad de aprender el manejo de los artefactos, pues no tenía experiencia. Pero Cardona, de un modo sorpresivo, manifestó que por ahora no pensaba realizar el sabotaje, debido a las medidas de vigilancia y seguridad adoptadas ante los distintos accidentes ocurridos recientemente en la Planta. No lo intentaría hasta después de marzo, y, además, le dijo, no sabía si los explosivos se encontraban en Cuba. La situación se mantuvo así hasta mediados de febrero, cuando en una nueva conversación aclaró que no pondría en práctica sus planes hasta después del 15 de marzo. En cambio, le pidió a Néstor que preparara un proyecto sobre las posibilidades de movimiento en la Planta, para la realización del sabotaje. Y fue entonces cuando añadió que ya los explosivos estaban en el país, y por tratarse de un modelo en miniatura, podían ser introducidos fácilmente en cualquier lugar, llevándolos ocultos entre las piernas. Néstor trató de precisar si Cardona tenía o no en su poder los explosivos, pero este le respondió que eso no era necesario que él lo supiera. En definitiva, no harían nada hasta el mes de abril...»

Ulises conversa con Néstor

Néstor ha llegado quince minutos antes. Durante ese tiempo, ha estado reflexionando. Lleva meses colaborando y aun no comprende muy claramente las cosas. Es cierto que gracias a las orientaciones de Ulises, se han logrado precisar los propósitos de Cardona y la participación de Santiesteban.

Con respecto a Cardona, su opinión se ha hecho cada vez más definida. Ya no es aquella vaga impresión de rechazo que le produjera inicialmente, y que desapareciera cuando le habló del sabotaje, para ser sustituida por otra de repugnancia. Ahora, ha comprobado que en realidad lo está preparando a él para realizar el sabotaje, para correr los riesgos, para asumir la responsabilidad, para ponerlo en fuga.

Pero de lo esencial, del sabotaje, de esa fecha que continúa pendiente sobre todos, de eso, todavía no logra apreciar que exista el debido control.

Están también sus entrevistas con Ulises. Poco a poco han ido compenetrándose. Más que un oficial de Contrainteligencia con quien debe trabajar por propia convicción, puede considerarlo un amigo, con todo el valor que asigna a esta palabra.

¿Pero cómo explicarle a su mujer todo esto? No es posible. Se ha comprometido a guardar silencio hasta el final. Comprende lo inexplicable de su alejamiento, de sus ausencias, de sus visitas a lugares desconocidos y a horas irregulares para entrevistarse con un Ulises que ella aún no conoce.

Ni tampoco es posible explicarle que, al aumentar sus vínculos con Cardona, más que nunca se siente cerca de ella, de su convicción revolucionaria la misma de toda su familia, la misma que motivara una oposición inicial al matrimonio por su actitud pasiva ante los acontecimientos.

Y en fin, ¡debe reconocerlo!, le preocupa, sobre todo, ese sabotaje inminente siempre aplacado, del cual únicamente él tiene al parecer el control, cuando Cardona le diga... ¿y si no le dice nada? ¿Si actúa, por sí mismo, inesperadamente, para evitar una traición?

Tan ensimismado está, que le sorprende la entrada de Ulises.

—¡Al fin! —dice con tono de enfado.

—Tal y como acordamos, quince minutos después que tú —responde Ulises con afabilidad—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás de mal humor?

Mientras Néstor expresa sus dudas, sus preocupaciones, sus disentimientos, Ulises lo escucha seria, atentamente, sin interrumpirlo.

—Estás alterado y tienes razón para estarlo —le dice cuando el otro calla—. Comprendo que la situación te presiona, pero debes evitar la tensión nerviosa. —Néstor va a interrumpirlo, pero Ulises se lo impide con un gesto

—. No, yo te he permitido hablar, ahora debes escucharme. Debes controlar los nervios. Por otra parte, es completamente natural que te sientas así. Pero modérate. ¿Recuerdas aquel día, cuando hablamos por primera vez? Seguimos hablando francamente, Néstor, pero ahora tu responsabilidad no está salvada con informar a tiempo. De ti, del control de tus nervios, dependen muchas cosas. Y eso solo puede lograrse cuando se está plenamente convencido del porqué se hacen las cosas. ¿Estás convencido tú?

En la penumbra de la sala, con la cabeza baja, Néstor escuchaba a Ulises.

Una interrupción inesperada

«Pero el plan de sabotaje contra la Planta era una seria amenaza y podía ocasionar una catástrofe. ¡Imagínate la paralización de toda la carga eléctrica de la ciudad y otros sectores del país! Y la explosión, ¿cuánto no destruiría? ¿Cuántas vidas se perderían? No teníamos suficiente control directo sobre el plan de sabotaje. Podía llevarse a cabo a pesar de todo. Desconocíamos el lugar donde se encontraban los explosivos y no habíamos descubierto el medio de comunicación de Cardona con quienes lo dirigían. El trabajo de Néstor había avanzado, pero la amenaza que pesaba sobre todos, nos hacía imposible esperar más. Así, pues, era necesario tomar una contramedida que impidiese la comisión del delito...»

El teniente interrumpió su relato. Pasaban los minutos y continuaba en silencio. Solo se escuchaba el sonido del carrito de la grabadora. Apagué el aparato. Miré mi reloj y comprobé que llevábamos ocho horas de conversación sostenida.

¿Se sentía mal? ¿Quería descansar? No, no era cansancio, pero no debía continuar el relato. Por lo menos no debía continuarlo así. Era demasiado importante para dejarlo a la memoria, a la interpretación.

Precisamente ese era mi interés, argumenté, ese aspecto humano, ese conocimiento directo de los hechos. Sí, admitía, humano sí, parcializado no, decía, ha pasado el tiempo, mucho tiempo, y cuando el tiempo pasa, las cosas no se cuentan como fueron, sino como uno quisiera que hubiesen sido. Todavía estaba a tiempo de contar la verdadera historia. Otro día.

Prefería descansar, irse a la casa. Si prometía no hablar más del asunto, le gustaría que lo acompañara. Su familia se alegraría de verme, hacía rato que no iba por allá.

Acepté resignado, con un sentimiento mezcla de frustración y curiosidad. ¿Qué mosca lo habría picado para interrumpirse así? No era cansancio tan solo. Y mentalmente comencé a preparar un cuestionario, para cuando el teniente reiniciara su historia.

II. Ahora le pone los detonadores

«...día sabotaje tienen que situar material en lugares que hagan máximo daño y activar detonadores amarillos de cinco horas y media...»

1

Una travesura del teniente

El trabajo me embargó de tal forma en las semanas siguientes que olvidé la conversación con el teniente. Una noche recibí una llamada suya. Quería mostrarme algo y continuar el relato. Me propuso reunirnos el domingo por la mañana. En realidad, tenía algunos compromisos, pero su llamada había despertado de nuevo mi interés.

Al llegar a la cita, no lo reconocí de inmediato. Vestido de civil podía pasar inadvertido. Le hice esta observación y sonrió enigmáticamente mientras me tomaba del brazo.

Entramos en la sala de lo que había sido una residencia burguesa. Ahora formaba parte de las instalaciones de una Escuela de Contrainteligencia. Al mobiliario original se agregaban un archivo metálico con cierre de combinación y un buró también metálico. En una mesita, totalmente fuera de estilo, dos o tres teléfonos y un magneto de comunicación interna. En las paredes, dos viejos grabados y el retrato de un mártir. Un pesado librero de nogal, atestado de todo tipo de literatura, un fusil y otros objetos inclasificables, ocupaban una esquina. Sobre la mesa central, algunas cajas de madera, cerradas y selladas, y dos gruesas carpetas de color oscuro, también selladas.

Mientras recorría con la mirada la habitación, el teniente se acercó sonriente. De pie, junto a la ventana, tomando el café a sorbos pequeños, podíamos observar el espeso bosque que comenzaba a rodear la casa por uno de sus costados, y más allá, el brillo espejeante de una pequeña laguna. Algunas aves cruzaron frente a la casa y se perdieron en el bosque. Hablamos de la caza. El teniente era un aficionado entusiasta. Acordamos ir de cacería en otra ocasión.

Conecté la grabadora y le pregunté si podíamos comenzar. Sin responderme, se dirigió a la mesa y abrió una de las cajas selladas. De ella extrajo un envase de cartón y un paquete de nailon negro. Al abrir el envase descubrió un objeto metálico, del tamaño de una caja de cigarros, de color verde oscuro, con dos botones plásticos situados a un costado, y me lo extendió sin hacer comentarios. También me dio un pequeño folleto escrito en inglés y español. Del envoltorio de nailon sacó unas pilas de 1,5 voltios y unos auriculares semejantes a los de un radio de bolsillo.

El teniente tomó el artefacto de mis manos, retiró la parte inferior e introdujo la batería. Después, conectó el auricular. Me mostró entonces un estuche plástico transparente, semejante a una jabonera, donde había más de veinte piezas iguales, o que, al menos, así parecía a simple vista. Ajustó una de ellas al equipo.

Yo miraba como hipnotizado todo aquel rito. Quizá por esa razón me sorprendió al preguntarme si conocía aquello. Balbuceé. Parecía un radio, o algo así, de comunicación. ¡Caliente!, me dijo, y casi sin transición me preguntó a boca de jarro: ¿Te gusta la música de Chelo Velázquez? El desconcierto me dejó mudo. Me guiñó un ojo, exclamando con displicencia: ¡la mexicana!

Mientras continuaba hablando, tomó de encima del buró una cinta magnetofónica, la cual situó en mi grabadora. Después se sentó muy serio.

Al principio solo se escuchaba el sonido del carrete. Después pude apreciar claramente la estática del espacio. Casi de inmediato una cálida voz femenina, con el acompañamiento de un piano, comenzó a cantar en español:

BÉSAME, BÉSAME MUCHO... COMO SI FUERA ESTA NOCHE LA ÚLTIMA VEZ...
BÉSAME, BÉSAME MUCHO... QUE TENGO MIEDO PERDERTE, PERDERTE DESPUÉS...»

Por un momento presté atención, pero al no descubrir nada fuera de lo normal, me sentí enojado. ¿Se burlaba de mí? Fui a decir algo más, pero con un gesto me hizo callar. La canción había terminado y tras una breve pausa, una voz masculina con inconfundible acento extranjero, comenzó a dictar combinaciones de números en un español defectuoso. A los pocos minutos, el teniente se levantó, apagó la grabadora y dijo: Ya puedes poner tu cinta. ¡Vamos a trabajar!

Comenzó a hojear una de las carpetas. Yo me sentía totalmente confuso. No entendía nada en absoluto. Así, pues, no pude contenerme y comencé a decir barbaridades. Rió a carcajadas, como un muchacho que ha hecho travesuras. ¡Te ayudo!, me dijo conciliador. No podría negar que estaba intrigado, claro, y ahora me daría las explicaciones, claro, y riendo, ¡enciende ese cachivache!

Todavía un poco incómodo hice funcionar la grabadora, encendí un cigarro y tomando la iniciativa, le recordé nuestra última conversación. Consulté mis notas: situación difícil, no se sabía si el hecho era cierto, ni exactamente quién lo llevaría a cabo. No control de los medios para ejecutarlo. Lo miré retadoramente.

Asintió varias veces con la cabeza. ¡Muy objetivas tus anotaciones!, dijo, pero... Yo insistí en forma acalorada, todo eso lo había grabado. Sí, era cierto, yo había grabado, pero él no había terminado de contar todo, ni lo ocurrido antes de poder explicarme lo referente al equipo de comunicación y a Chelo Velázquez. En efecto, estaban desconcertados en aquellos momentos. Y la presión del tiempo no era precisamente un factor que ayudara a trabajar...

Mientras él hablaba, eché a andar la cinta y gradué el volumen de la grabadora.

Se reinicia el relato

«...no era precisamente un factor que ayudara a trabajar, pero había algunas cosas totalmente claras. En primer lugar, todo parecía indicar que se estaba preparando un sabotaje catastrófico, inducido desde el extranjero, de consecuencias impredecibles para el futuro del país y la Revolución. En

segundo lugar, la persona que aparentemente estaba encargada del sabotaje se hallaba en libertad, no teniendo nosotros en aquel momento ninguna posibilidad de impedirlo, salvo que lo detuviésemos. En tercer lugar, no poseíamos ninguna prueba para detenerlo, no obstante los esfuerzos realizados, pues se trataba, tenlo en cuenta, de la denuncia de otra persona que tampoco tenía mayor prueba que su palabra. En cuarto lugar, si decidíamos detener a Cardona como sospechoso, nos veríamos en la necesidad de enfrentarlo a Néstor, y aun así no era seguro que confesara, a menos que mediante el registro en su casa encontrásemos algo material que lo comprometiese. Y finalmente, aunque con la detención de Cardona se evitara el sabotaje, también perderíamos la oportunidad de ir más allá, ¡sí!, llegar hasta aquellos que lo dirigían en su acción reaccionaria. Como supondrás, era una decisión difícil y nada agradable. Desde luego, evitar el sabotaje era lo primero. Debía evitarse, a pesar de todo, y por cualquier medio. Pero, en cambio, se perdería la posibilidad de asestar un golpe demoledor al enemigo. Sin embargo, no parecía haber alternativas posibles. El jefe de Ulises le explicó la decisión adoptada por el mando superior. Le encargó elaborar el plan para realizar la detención de Cardona y su presentación a los tribunales. Ulises comenzó a trabajar de acuerdo con las órdenes recibidas pero por las noches, al acostarse, buscaba una y otra vez la fórmula capaz de resolver la contradicción insalvable. Se encontraba ya casi resignado a dejar el problema tal y como estaba: una posibilidad imposible. Recordó entonces a Blanca. Él la había visitado en otras dos ocasiones, pero no había logrado descubrir nada nuevo. Le había dejado el número de un teléfono donde podía localizarlo. Pero no se había recibido ninguna llamada. Cardona se hallaba de vacaciones en la playa, convenientemente vigilado. Y él casi había olvidado que una visita a Blanca siempre podía resultar conveniente. Se dirigió a casa de la compañera con la secreta esperanza de que apareciese algún elemento, uno solo, que le permitiera resolver el problema. ¡Pero ella sí había llamado! Al verificar él número, Ulises comprobó con estupor que estaba equivocado en su anotación. Ansiosamente, le preguntó a Blanca el motivo de su llamada. Ella le restó importancia al asunto. Hacía cinco días que la casa del ingeniero se encontraba vacía; estaban de vacaciones. Ulises se desanimó de nuevo, pero Blanca agregó que

dos días antes, el cartero había traído correspondencia para el ingeniero, y al ver la casa totalmente cerrada, no pudiendo echarla por debajo de la puerta, se la había dejado a ella para que la entregara. Ulises le pidió ver la correspondencia recibida; una revista técnica, un reporte de llamadas telefónicas, un sobre de correo aéreo con remitente de los Estados Unidos. Debe de ser del hermano, había opinado Blanca. A Ulises, por el contrario, se le alegró el corazón. Porque aquel sobre tenía todas las características de los que contienen mensajes de escritura secreta. Pero sólo los técnicos podrían afirmarlo. Ulises le pidió a Blanca la carta por unas horas y fue de inmediato a reunirse con su jefe. A éste, la carta no pareció despertarle el mismo entusiasmo. ¡Sería demasiada casualidad!, dijo. Además, probablemente por el sobre no podría decidirse nada, y, desde luego, la correspondencia no podría abrirse en ese caso. Pero estuvo de acuerdo en que fueran los técnicos quienes dijese la última palabra. Ulises esperó el resultado allí mismo. Al cabo de tres horas, recibió la respuesta. Según todos los antecedentes que obraban en poder de los especialistas, algo era indudable: la letra y otros detalles del sobre eran los mismos que en algunos otros casos aparecían en la correspondencia con mensajes de escritura secreta. Esto fundamentaría la autorización para someterla al tratamiento correspondiente. Una vez efectuados los trámites, aún hubo que esperar algún tiempo. Pero Ulises no pudo menos que experimentar una sensación de recompensa, cuando recibió la copia de un mensaje secreto: el que contenía aquella carta. A primera hora del siguiente día se la devolvió a Blanca, y le explicó que podía entregársela a Cardona, pero le advirtió que no debía hacer comentarios con nadie sobre el particular. Ahora podía efectuar el plan de la detención con una prueba, y tal vez por ello...»

Nuevo encuentro con Cardona

El hombre, de tez muy pálida y nariz afilada, lleva alrededor de una hora sentado en la habitación. Vuelve el rostro hacia la puerta y ve entrar a un oficial con uniforme verde olivo e insignias doradas sobre los hombros. Un oficial a quien no recuerda haber visto con anterioridad. La inquietud que ya

lo dominaba se hace mayor al recibir el saludo impersonal que le dedica Ulises al pasar.

El oficial se sienta ante la mesa e indica al ingeniero la butaca situada frente a él. Después se desentiende del hombre y concentra su atención en el maletín de cuero de donde extrae un grueso expediente. El otro lo mira anhelante.

—Quisiera me indique si hay algún error en estos datos —dice Ulises secamente y comienza a leer—: «Francisco José Cardona López, veintinueve años, ingeniero eléctrico, casado con Julia Oran Gómez, vecino de calle 8 número 27, en El Vedado, hijo de José Evaristo y Leonor, estudió sus primeros grados en el Colegio Maristas...»

Mientras Ulises lee, Cardona lo mira incrédulo. Es toda su vida puesta al desnudo hasta en sus menores e íntimas facetas, como aquellas relaciones con la corista del cabaret Tropicana.

—«...en 1957 se trasladó a los Estados Unidos, donde estudió Ingeniería Eléctrica en la Universidad de Atlanta; regresó a Cuba en 1961 y comenzó a trabajar en la Empresa Eléctrica por recomendación de su amigo, el ingeniero Tomás Santiesteban...» —Y Ulises continuaba imperturbable su lectura, detallando con minuciosidad la vida de Cardona. Al fin deja de leer.

—¿Es así? —pregunta.

—Así es —responde el ingeniero.

—¿Falta algo? —insiste Ulises.

Cardona se mantiene callado, en la misma actitud. Ulises repite la pregunta y Cardona titubea, pero aprieta los labios.

—Continuaré leyendo entonces.

—Teniente —susurra Cardona con acento apremiante.

—¿Recuerda algo más? —pregunta Ulises irónico.

—¿Por qué, por qué estoy aquí?

—¿No lo sabe? Si me deja terminar, se enterará por usted mismo. Es algo que tiene que ver con la Planta.

El ingeniero se contrae como si hubiera recibido un mazazo, pero intenta recuperarse.

—¿Quién ha dicho? —alza la voz en actitud de sorpresa e ira.

—Nadie ha dicho nada —responde Ulises impasible—. Incluso yo no he dicho nada todavía.

Cardona enmudece mientras Ulises reinicia la lectura:

—«...estando en la Universidad norteamericana de Atlanta fue reclutado por la CIA como agente para enviar información...»

Cardona palidece y se aferra a los brazos de la butaca, mientras habla en voz baja.

—«...con escritura secreta —continúa Ulises—, y como tarea principal, volar la Planta Eléctrica de Tallapiedra...»

—¡No siga! ¡NO SIGA! —grita, mientras el sudor empapa su frente.

—¿Es así? —pregunta Ulises, como la vez anterior.

Pero Cardona, con la cabeza caída sobre el pecho, no responde. Entonces Ulises busca la copia de la carta y del mensaje con escritura secreta. Se acerca al ingeniero, que aún permanece cabizbajo, y sin decir palabra alguna los pone ante sus ojos. Todavía el hombre tarda largos minutos en reaccionar. Un sonido extraño, como un ronco bramido, rompe su mutismo. Se pone en pie, cual si estuviera ebrio, y se aleja con los ojos desorbitados.

Ulises, junto a la puerta, se mantiene atento a la reacción del ingeniero. Pero éste vuelve a su asiento y se desploma abatido. Ulises recoge la carta.

—¿Es así? —repite inexorable.

—Así —asiente Cardona, aún sin levantar la cabeza.

Su estado de ánimo es lastimoso. Ulises decide reanimarlo. Reinicia la conversación de forma natural y reposada, como entre viejos conocidos. El espía, todavía nervioso, deprimido, afirma no ser un cobarde aunque haya confesado.

—Lo sabemos —le dice Ulises—. Pero cuando faltan la razón y los justos motivos para resistir, no se puede mantener la firmeza.

Todavía hablan durante largo rato. Después, el espía comienza a escribir su declaración. Sólo falta enviar el caso a los tribunales. Sin embargo, quedará sin respuesta la acción orientada por el enemigo desde noventa millas al norte.

Al producirse la detención, el espía disfrutaba de vacaciones, y nadie se ha enterado, ni siquiera Néstor. La madre de Cardona se encuentra en casa de unas amigas. La esposa no hablará. Bastaría dejar en suspenso el juicio hasta

terminar el caso, la aceptación de Cardona sobre ello, y suplantarlo con otra persona, quien se encargaría de sus actividades secretas. Mientras, él continuaría su vida normal. La CIA no se daría cuenta. Néstor tampoco. Sólo Ulises y Cardona lo sabrían. Porque sería Ulises quien pasaría a desempeñar ese doble papel, actuando a través de la escritura secreta como el espía, frente a ese oficial enemigo que lo orienta desde allá.

El jefe de Ulises escucha la proposición. Le resulta interesante. Anteriormente nunca han tenido esta oportunidad. Por primera vez podrían intentarlo. Implicaría un riguroso control sobre Cardona, pero eso no resultaría un problema mayor. ¿Cuál sería la actitud del espía? Porque la suplantación no debe ser aceptada a cambio de mejorar su situación cuando se celebre el juicio. Ulises se comprometería a tantear la actitud del detenido y esperar su colaboración por propia iniciativa. Si no fuera así, sería enviado a los tribunales y el caso quedaría cerrado.

Ulises se comprometería a no forzar esta colaboración. Y además, no podría prometer absolutamente nada. Debe ser una colaboración espontánea, incondicional y controlada de manera rigurosa. ¿Comprende Ulises el riesgo que esto implica? ¿El compromiso moral? Entonces, puede entrevistarse una vez más con Cardona y actuar en consecuencia.

Declaración de un espía

El teniente me extendió entonces una carpeta. En su interior aparecían cuidadosamente archivados una serie de documentos. El primero de ellos era una declaración firmada por el espía. Por resultar de interés, seleccionamos algunos fragmentos:

«...encontrándome en la Universidad de Atlanta, residiendo en un apartamento de la calle Greenship número 7 856, en las afueras de la Universidad, recibí la visita de un cubano que dijo estar destinado por cuenta de la CIA para hacer contacto con algunos alumnos cubanos matriculados en la Universidad. Me tomaron una serie de datos personales. Antes de marcharme me dijeron que tendría noticias sobre el asunto, y un mes después recibí una tarjeta por medio de la cual me citaban a una reunión con un norteamericano. Le expliqué bien claro que no quería nada con cubanos, sino

directamente con ellos. Me dijo estar de acuerdo y una noche, varios días después, me llevó a un edificio de apartamentos, donde esperé un rato. Allí llegaron dos individuos también norteamericanos, uno de ellos profesor de Psicología, según me dijeron. Me hicieron pruebas mentales de varios tipos, una serie de preguntas, incluso íntimas, y después me pusieron un aparato, el cual seguramente era un detector de mentiras. Me informaron que debía pasar un entrenamiento, que más adelante me explicarían, pero el tiempo disponible era muy escaso para cualquier entrenamiento extenso, porque en cualquier momento recibiría la aceptación de entrada en Cuba y debía partir inmediatamente para no levantar sospechas en las autoridades cubanas. En vista de mis estudios técnicos me informaron que debía servir en este campo mejor que en ningún otro. Me dieron instrucciones de escritura secreta. También me hicieron escribir varios mensajes supuestos, los cuales calificaron más o menos satisfactoriamente. Recibí instrucciones sobre seguridad personal; me dijeron que no era necesaria ninguna instrucción militar. Antes de salir con ellos por última vez durante aquellos días me informaron que no tenían a ningún hombre trabajando que no recibiera dinero mensualmente, y en mi caso ascendería, en un inicio, a doscientos dólares mensuales. Decidí aceptarlos, siempre y cuando no me los depositaran a mi nombre, sino bajo un nombre supuesto. Me expresaron que podía solicitar, por medio de los mensajes que les enviaría, cualquier ayuda monetaria aquí en Cuba, incluso darme dinero para comprar una máquina o cualquier otra cosa necesaria. Cuando llegué a Cuba traje un equipo de escritura secreta con el cual he enviado distintos tipos de información al Centro, firmados con el nombre de Marcos; así como ellos me han enviado, también por este medio, distintas órdenes para obtener información y producir sabotajes. En este momento estaba planeando la forma de llevar a cabo la orden de paralizar la Planta de Tallapiedra...»

La declaración continuaba explicando sus actividades en Cuba y relacionaba a varias personas, siete u ocho, que en distintos momentos habían colaborado con él, sin dejar de señalar entre ellas a Santiesteban y a Néstor. Terminaba diciendo:

«...Para llevar a cabo la paralización de la Planta, la CIA me enviaría explosivos, los cuales, según ellos, se detonan a horas determinadas. En su

momento oportuno me enseñarían su manejo. Todavía no me han sido enviados.»

Un juego de palabras

Con la declaración del espía en la mano me asaltaron innumerables dudas. ¿Todo esto era verdad?, me decía. El teniente comprendió mi inquietud. Sí, en cierto sentido, en casos como éste, se dice la verdad, a medias, aunque casi nunca se dice mentira, dijo con marcado acento didáctico. Ulises no podía creer que esto fuera todo, pero sí que era más o menos así.

Aquello no me cabía en la cabeza, era algo indefinible, ambiguo, inestable. ¡Eso es un juego de palabras, teniente!, dije, rechazando su explicación.

No sólo de palabras, no sólo de palabras, repetía él con tono burlón; era algo más serio que un juego de palabras. ¿Y no me interesaba conocer la reacción del espía? Claro, claro que me interesaba. Pues Cardona se mostraba arrepentido y proponía colaborar sin condiciones. Y como prueba de ello informaba dónde tenía ocultos otros papeles comprometedores.

El teniente me extendió entonces dos papeles amarillentos, en los cuales, a duras penas, podía apreciarse ya una escritura carmelitosa con letra de molde, superpuesta al texto manuscrito. Eran los dos últimos mensajes recibidos por el espía y los borradores recientes de los mensajes enviados, porque los demás habían sido destruidos por él, como era lógico suponer.

Su historia coincidía bastante bien en los aspectos conocidos con la hipótesis elaborada por nosotros, así que, me continuaba diciendo el teniente, y yo, atrapado en su relato, no comprendí la nueva sorpresa que me preparaba, así que, dijo, independientemente de las cosas que pudiera ocultarnos, sólo quedaba otra posibilidad de engaño: Néstor.

Lo miré intrigado, mientras aquella idea crecía y crecía en mi cabeza con derivaciones incalculables. Pensé bien, antes de responder a su evidente provocación. ¿Quería esto decir que se dudaba de Néstor? ¿Todavía?

Personalmente no hay por qué dudar de nadie, pero en este trabajo hay una regla de oro, dijo, y se me ha grabado para siempre, ¡todo tiene que ser comprobado!, y mientras se compruebe, por lo menos hay que esperar.

Decidí devolver el golpe: ¡Ésa era la duda por principio!, y atacé a fondo: ¿Dudarías de mí?, y él rió a carcajadas, protestando, con aparente disgusto, siguiendo el juego, ¡eso es un golpe bajo!

Yo insistía: ¡Pero la regla de oro dice que por principio!, y él, ¿qué quieres que te diga?, ¿que no dudo de ti, para cogerme en falta? ¿O que dudo también de ti y ponerte en el plano de víctima ofendida? ¿Conocía yo la relación entre los principios y su aplicación?, los principios son aplicables a situaciones concretas y en cada caso se manifiestan según la necesidad, ¿recordaba yo lo que era la sofística? Entonces me miró de frente, muy serio. Yo no dudo de ti, dijo, pero, ¿supones tú que te lo estoy contando realmente todo?, y volvió a sonreír.

Ahora el desconcertado era yo, has contestado mis preguntas, intenté defenderme; pero me atajó implacable, sí, ¿y lo que no has preguntado?, además, no te sorprendas si en alguna ocasión no puedo responderte, podría no saberlo, y ahora se enserió de nuevo, o no estar autorizado para decírtelo, son cosas demasiado importantes, no nos pertenecen.

Sonrió una vez más, ya otras veces me lo había dicho, las preguntas no son indiscretas, las indiscretas son las respuestas, así que, por preguntar que no quedase.

Habíamos perdido por completo el hilo de la narración. ¿Estábamos?, me preguntó. Consulté mis notas: ¿Qué hacer? Espía controlado. De acuerdo en colaborar. Supongo, añadí con puerilidad, que ya no estarían sometidos a una tensión tan fuerte.

—Te equivocas, precisamente en ese momento fue cuando Ulises comenzó a ser sometido a la mayor presión...

Y comprendiendo que reiniciaba el relato, puse a funcionar la grabadora.

Las cosas marchan bien (tener en cuenta los mensajes)

«...porque a fines de marzo, Cardona recibió dos nuevos mensajes por escritura secreta. El número quince había sido enviado directamente desde los Estados Unidos por correspondencia normal, y el dieciséis, usando nuestro correo nacional. En el primero, lo felicitaban por la información enviada y

daban por recibidos sus mensajes diez y once. Se mostraban preocupados, pues desde hacía algún tiempo no recibían nuevos mensajes, le preguntaban si tenía problemas personales y si podían ayudarlo, continuaban depositando los doscientos dólares en su cuenta, dinero que era independiente, le decían, de bonos del Gobierno norteamericano ofrecidos a él y a sus colaboradores en un mensaje anterior. Si tenía éxito en su misión, aumentarían la cantidad ofrecida. Era necesario que les informara el tipo de sabotaje que pensaba realizar en esos momentos, aunque en realidad estaban interesados en paralizar extensamente la Planta. Por último, solicitaban datos generales sobre el sabotaje y la gente que colaboraría en éste. Como puedes ver, no era poco lo que le ofrecían. El mensaje dieciséis sólo indicaba la forma de recoger un receptor de radio para mejorar la comunicación con el Centro...»

Recuerdo que en este punto el teniente detuvo su relato. ¡Es ese que te enseñé al principio!, me dijo, señalando al pequeño equipo de comunicación. Tomó de encima de la mesa un sobre oscuro, rompió el lacre y extrajo un fail que contenía una buena cantidad de hojas archivadas. Revisó su contenido con detenimiento, y dejándolo marcado en una de ellas, me lo extendió para que lo leyera. Era el mensaje dieciséis.

MSJ 16 (UNO SEIS) x PARA TENER UNA MEJOR Y MÁS RÁPIDA COMUNICACIÓN DIRECTA CON UD. LE HEMOS MANDADO RECEPTOR CLANDESTINO DE RADIO E INSTRUCCIONES COMPLETAS PARA RECIBIR FUTUROS MENSAJES POR RADIO x SEGUIREMOS USANDO ESCRITURA SECRETA PARA MENSAJES MENOS IMPORTANTES Y MÁS LARGOS x UD. SEGUIRÁ REPORTANDO MISMA MANERA x TAN PRONTO RECIBA ESTE MENSAJE RECOJA PAQUETE DE 8 x 3 x 4 PULGADAS ENTERRADO POSTE PEGADO DICE BOCA CIEGA EN CARRETERA VÍA BLANCA x POSTE PEGADO APROXIMADO VEINTITRÉS KM DONDE PAGA PEAJE TÚNEL A MANO DERECHA YENDO A JIBACOA x EN ESTE LUGAR HAY CINCO INDICADORES SEPARADOS ENTRE SÍ POR POCOS METROS x PRIMERO ES FLECHA INDICANDO CURVA CMA SEGUNDO Y TERCERO SON DE VELOCIDAD CMA CUARTO DICE: INIT-GUANABO-BELLOMONTE-CAYO HUESO-HOTEL MAYO PRIMERO CMA QUINTO INDICADOR DICE BOCA CIEGA x MATERIAL ENTERRADO A PIE DE ESTE ÚLTIMO POSTE PEGADO AL LADO OPUESTO A LA CARRETERA x TAN PRONTO HAYA RECIBIDO Y ESTUDIADO INSTRUCCIONES DETENIDAMENTE MANDE

CABLE A JOSÉ LÓPEZ FELICITÁNDOLO POR CUMPLEAÑOS PARA INDICAR RECOGIÓ RECEPTOR x TODAS LAS TRANSMISIONES SERÁN CADA LUNES MISMA HORA NUEVE Y TREINTA HORA LOCAL x SI ESE HORARIO CONFLICTA CON SU TRABAJO MÁNDENOS ENSEGUIDA VARIOS HORARIOS QUE LE CONVENGAN PARA NOSOTROS SELECCIONAR UNO MÁS APROPIADO x DESPUÉS DE RECIBIR PRIMER MENSAJE RADIO MANDE OTRO CABLE PIDIENDO INSULINA SI RECIBIÓ TRANSMISIÓN x PERO NO SI PUDO DESCIFRAR PRIMER MENSAJE RADIO x PIDIENDO CORTISONA PARA INDICAR NO RECIBIÓ TRANSMISIÓN x NO MANDE CABLE NINGUNO RPTO. NO MANDE CABLE NINGUNO PARA INDICAR RECIBIÓ Y DESCIFRÓ CORRECTAMENTE MENSAJE x FIN x FIN x FIN x

«Al día siguiente, tal y como le ordenara Ulises, el espía se dirigió al lugar señalado en el mensaje dieciséis y encontró enterrada la cantidad de cuatro mil pesos, el minirreceptor con sus accesorios, y las instrucciones. Se envió entonces el cable a José López, el cual decía solamente FELICIDADES EN TU CUMPLEAÑOS, y firmaba Marcos. El día 30 de marzo se recibió el primer mensaje por radio, pero como había gran cantidad de interferencias, fue imposible lograr transcribirlo. Enviamos un cable en el que se pedía insulina...»

Ulises recibe el mensaje

La Habana, lunes, 21:30 (hora local)

¿esperar más?, ¿para qué?, ¿y si después no estoy listo a tiempo?, es la primera vez, las instrucciones deben decir, después las leo de nuevo, hijos de la gran madre, a lo que obligan, ¿dónde?, ¿dónde están las instrucciones?, la clave, dos claves, ¿dos?, **¡bésame mucho!**, ésa es la mía, ¿y la otra?, ¿para qué?, **la comparsa**, lecuona, piensan en todo, ¿quién no conoce **la comparsa**?, ¿para qué?, si no tenemos nada nuevo que transmitirle, o un mensaje falso para engañar al g-2, ¿ah, sí?, conque para engañarnos, se acerca, se acerca la hora, ¿dónde está esa jabonera?, aquí, aquí, el cristal de frecuencia, ¡tantos cristales!, ¿cuánto tiempo transmiten?, veinticinco, veinticinco ¡qué?, éste no, éste tampoco, veinticinco, treinta y dos, éste, ahora

los oídos, igual que el radio portátil, ¡ya!, ¡listo!, estática, estática, silencio, ¿y si vuelvo a leer las instrucciones?, no hay tiempo, ya, ya.

21:30

¡bésame mucho!, es para Cardona, es para nosotros, para él, verdadero, ¿dónde he escuchado yo esa canción? me gusta, ¿quién canta?, parece mexicana, tiene gracia, **como si fuera esta noche la última vez**, sí, sí, **perderte otra vez**, silencio, silencio, ¿ya?

21:32

¡no entiendo!, números, números, ¿qué quiere decir esto?, no puedo fallar, ¿dónde están esas instrucciones?, ya, ¡los grupos!, el total de grupos, ¡cuatrocientos!, ¡avemaría!, silencio, silencio, ya viene.

21:34

tres, cuatro, cinco, dos, tres, silencio, ocho, uno, dos, cinco, siete, silencio, nueve, nueve, uno, dos, tres, silencio, cuatrocientos por cinco dos mil números, silencio, cuatro, seis, dos, siete, cinco, silencio, ¿será grabado?, bueno, si yo copio, ¿por qué no va a dictar un Fulano?, silencio, tres, dos, seis, cuatro, uno, silencio, ¿cuatro qué?, ¿dijo tres?, ¡me salté!, ¿cuál dijo?, empatar, empatar ahora, y seguir, silencio, dos, cero, uno, cinco, seis, silencio...

22:10

ahora lo repiten, ¡menos mal!, tres, cuatro, cinco, dos, tres, silencio, bien, ocho, uno, dos, cinco, siete, silencio, bien, piensan en todo, claro, tienen que repetir, ¿cómo no van a repetir?, si por lo menos pronunciara claro el español, ¡yanquiruli!, ¡aquí!, ¡aquí!, lo que salté, cuatro, siete, tres, dos, uno, silencio, tres, dos, seis, cuatro, uno, silencio, uno mal copiado, dos por el cero, silencio, bien, ¡completo!

22:46

silencio absoluto, definitivo, interminable. Silencio.

Ulises descuelga los auriculares. Pero aún queda unos minutos sentado frente a la mesa, con el equipo ante sí. Sin moverse casi, enciende un cigarro. Fuma largamente. Al fin desconecta la antena. Se dirige a la pared y va desmontando el fino cable que se pierde en la ventana. Lo recoge en un lazo y lo cuelga de un clavo. Vuelve a la mesa. Da otra fumada al cigarro. Abre el equipo y extrae las pilas. Guarda cada cosa en un sobre y lleva todos los accesorios hasta la caja fuerte. Cierra con llave. Pone la combinación. Silencio.

Se sienta de nuevo y termina de fumar. Deja que sus nervios se tranquilicen totalmente. Silencio.

23:07

silencio, ¿qué dirán?, silencio, ¿llamo al capitán?., después, mejor después, silencio, ¿qué dirán?, ¡ah, canallas!

Aún su pulso es agitado cuando toma el papel lleno de números que su propia mano ha escrito apresuradamente. A un lado la tabla de transcripción. Al otro, el libro negro del espía. Aquel donde aparecen «sus» números. El que impide conocer el mensaje al que no lo posea. Ulises tiene la tabla de transcripción, el libro negro, el espía, y estos números que todavía no dicen nada. ¿Qué dirán? En estos papeles, en estos números, está la vida de muchos hombres y mujeres, está la Revolución, está el futuro. ¿Qué dirán? Suma y resta, suma y resta, minuto tras minuto, silencio, suma y resta, minuto tras minuto. Hasta que el último grupo revela su secreto mensaje. Silencio.

Ulises toma el teléfono. Llama al capitán. ¡Misión cumplida!, dice. ¡Tenemos el mensaje! Recoge los papeles, los guarda en una carpeta que se echa bajo el brazo. Apaga las luces y cierra la puerta. Silencio.

La Habana, martes, 00.25 (hora local)

***La grabación continúa
(Y los mensajes también)***

«...de acuerdo con las condiciones creadas, en mayo se envió el primer mensaje tras la detención del espía...

MSJ 12 (UNO DOS) x EN EL MES DE MARZO SESENTA Y CUATRO SALÍ DE VACACIONES x RECIBIDO MARZO VEINTICINCO PAQUETE CARRETERA VÍA BLANCA CONTENIENDO CUATRO MIL PESOS Y EQUIPO RADIORRECEPTOR x VUESTRO MENSAJE DE FECHA ABRIL RECIBIDO CORRECTAMENTE x ME HA SIDO FÁCIL COMPRENSIÓN MANEJO RECEPTOR x ACTUALMENTE TENGO EN MI PODER LOS PLANES DE PRODUCCIÓN DE LA EMPRESA PARA ESTE AÑO PERO ES INFORMACIÓN SUMAMENTE LARGA PARA ENVIAR ESTA VÍA x EN ESTE TRABAJO COOPERÓ EL INGENIERO GUSTAVO x EN LA ACTUALIDAD SITUACIÓN EN PLANTA DIFÍCIL PARA REALIZAR SABOTAJE x SE RUMORA G-2 REALIZARÁ DETENCIONES x ESTOY ESTUDIANDO PLAN PARA HACER SABOTAJE MÁS TARDE x CONTINUÓ GESTIONES PARA SACAR MÁS INFORMACIÓN x FIN x FIN x FIN x

»...y el día 10 de julio, Ulises recibió por radio un nuevo mensaje que entre otras cosas decía...

MÁNDENOS DESCRIPCIÓN COMPLETA DE AUTOMÓVIL A SU DISPOSICIÓN INCLUYENDO MARCA CMA COLOR CMA AÑO Y NÚMERO O TAMAÑO DE LAS GOMAS x DÍGANOS SI TIENE AMIGOS O FAMILIARES VIVIENDO FUERA DEL ÁREA DE LA HABANA Y LUGAR EXACTO DONDE CADA UNO DE ELLOS ESTÁ x FAVOR IDENTIFICAR PLENAMENTE SU SEÑORA E INGENIEROS AGENTES SUYOS x INFORME DATOS BIOGRÁFICOS x POSICIONES QUE OCUPAN CMA ACCESOS QUE TIENEN DENTRO PLANTA x Y QUÉ LES HA DICHO SOBRE SU TRABAJO CON NOSOTROS x MÁNDENOS POR MENSAJE SECRETO TODA INFORMACIÓN LISTA PARA REPORTAR x FIN x FIN x FIN x FIN x

»...el día 28 de julio se recibió otro mensaje pero con escritura secreta, en el cual señalaban la necesidad de información para continuar la elaboración de los planes de sabotaje de la Planta y la exfiltración del espía. En este mensaje también le insistían con respecto al envío de los datos sobre el automóvil y los familiares cercanos a la costa, donde pudiera esconderse después de realizado el sabotaje, antes de ser exfiltrado, así como las personas que serían exfiltradas con él. Continuaban mostrando interés por el número o tamaño de las gomas. Para Ulises en ese momento aquello constituía un verdadero misterio, una clara señal de algo importante relacionado con el movimiento del espía. Era inútil plantearse las hipótesis más descabelladas. Debía esperar. Debíamos esperar. Y mientras tanto, envié un mensaje en el cual informaba que el carro de Cardona estaba roto, cosa que era cierta, estaba roto y no tenía posibilidades de conseguir las piezas de repuesto necesarias. Durante las próximas semanas continuó el intercambio de mensajes en los que la Inteligencia enemiga continuaba pidiendo los mismos datos, la información pendiente, y Ulises les respondía a través de sus cartas, dictadas al espía en laboriosas sesiones, en las que les explicaba las dificultades existentes. Mientras, se preparaban las condiciones para obligarlos a exfiltrar a su espía. Pero también era necesario evitar que el oficial de la CIA llegara a la conclusión de que Cardona había dejado de interesarse en su trabajo con ellos. Por eso se preparaban informaciones falsas, las cuales después se remitían en mensajes firmados por Marcos. Sin embargo, el Centro enemigo no cesaba de presionar a su espía, y en septiembre se recibió un nuevo mensaje. El material informativo ofrecido desde mayo y el cual no ha enviado, le decían, perdería actualidad a medida que pasara el tiempo. Para resolver la situación orientaban remitirlo en mensajes semanales por carta. Si hubiera estado reportando periódicamente como pedimos, añadían en tono de disgusto, ya hubiéramos recibido la mayor parte de la información pendiente. Déjame aclararte que la información a que se referían era la suministrada por Néstor y algunos otros materiales. Efectivamente, se encontraban en nuestro poder, pero por su carácter secreto no podían ser remitidos. También era cierto que, por su extensión, en la práctica resultaría muy lento e inseguro enviarlos por escritura secreta. Y había otro argumento a nuestro favor: enviar mensajes semanales para un

espía, aumentaba los riesgos de que fuese detectado. Resultaba lógico que Cardona no se sintiese tentado a correr, peligros mayores. De esta forma, y aprovechando la situación, se envió un nuevo mensaje en el cual se exponían al Centro las dificultades reales, y el disgusto de Cardona por ser presionado a correr riesgos innecesarios. Se les proponía como solución, facilitar otra vía más rápida y segura para hacerles llegar el material, y se continuaría utilizando la escritura secreta para la información normal que hasta ese momento se había estado enviando...»

Ulises orienta a Néstor

El automóvil avanza lentamente junto al mar. Dobla a la derecha y continúa por la avenida sombreada por grandes árboles. Al llegar al palacio blanco se interna en la parte antigua de la ciudad. Avanza con trabajo por estrechas callejuelas. Cerca de la bahía aún da algunas vueltas, y al fin se detiene en un parque de enrejados bancos coloniales.

Entonces, aparentando despreocupación, Ulises deja el auto y camina por la acera, donde algunas vidrieras muestran libros, revistas y efectos de escritorio. Aquí o allá observa con detenimiento los títulos y precios. El reflejo de la calle en el cristal le permite ver todo lo que se mueve a sus espaldas. Después, cruza la calle y dobla por otra aún más estrecha, para desembocar, en una plazuela adoquinada donde se alza, de hormigón, aluminio y cristal, un edificio de más de diez pisos.

Oprime el botón de entrada. Se abre la puerta. El elevador lo lleva hasta el último piso. Y al salir, la puerta de la izquierda se encuentra entornada. Tras ella, lo espera Néstor.

Conversan en forma animada. Siempre es así. Estas entrevistas adquieren para ambos un carácter muy especial, pues no se limitan estrictamente al objeto que ha originado sus relaciones. Con el transcurrir de los meses, al calor de la tarea común, Néstor y Ulises han descubierto afinidades. Y un afecto sincero se ha desarrollado sobre la base de sus mutuas aspiraciones en la vida.

Algunas cosas no son aún coincidentes entre ambos. Pero Néstor ha descubierto en Ulises a un amigo y compañero que, casi insensiblemente, se

desdobra en confidente de sus problemas, en orientador de sus preocupaciones. Y llegado el caso, sabe señalar defectos y aconsejar con rectitud. Más aún, nada de esto limita, por el contrario, refuerza, el mutuo respeto con que se tratan al analizar las cuestiones relacionadas con la participación de Néstor en el caso.

—¿Y cuándo recibió ese mensaje? —indaga Ulises.

—El día 6, siempre en lunes, hasta ahora no ha fallado —contesta Néstor.

—¿Qué le pidieron en concreto?

—Bueno, al parecer se interesan por mí, porque me preguntó mis datos generales, nombre, edad, y esas cosas. Dice que para mandárselos a la CIA. ¿Qué te parece? También me pidió estas informaciones... mira a ver qué tú crees.

—¿Qué sabes de esto?

—Todo. Esa información pasa por mis manos. Él lo sabe. La mayor parte es conocida, aunque no se haya publicado, pero ésta —y señala un párrafo al final de la nota— es verdaderamente importante. Déjame decirte que en eso sí deben estar muy interesados.

—¿También es tuya?

—Sí. No sé cómo negárselo. Podría darle datos falsos.

—No. Déjame el papel a mí, yo voy a revisarlo y nos pondremos de acuerdo en lo que vamos a hacer. ¿Y sobre el sabotaje, no te dice nada?

—Que por ahora no, que hay que esperar. No sé, a veces parece haber perdido la confianza en mí, como si me diera de lado.

—Debes insistir. Muéstrate dispuesto a hacer, cualquier cosa que te diga, de la misma manera que acordamos anteriormente. ¿Te ha dicho algo sobre la participación de otra gente?

—No. Nos vimos en la playa, el domingo. Estaba bastante tranquilo. Es curioso, últimamente no lo veo tan nervioso como al principio. ¡Es de madre!

—¿El qué?

—¡Esto! ¿Quién me lo iba a decir? Cuando lo veo hablándome con tanta tranquilidad de esas cosas, exactamente igual que si estuviéramos discutiendo un problema de la Planta o un juego de pelota. Pero, Ulises, ¿cómo es posible pensar acabar con media Habana y no estremecerse siquiera? ¿Qué clase de gente es?

—¿Sólo él?

—No, y los demás. Ellos, todos ellos. Mira, cuando yo lo conocí, al principio no simpatizamos. Claro, él tiene un carácter difícil. Pero en fin, el nivel, el tipo de trabajo, ¿tú me entiendes? Una gente con la cual se puede conversar sobre temas conocidos, se interesa por cosas que son parte de mi vida, los estudios, esas cosas, y el otro...

—¿Quién?

—Tomás. Yo lo conocí primero, ¿te acuerdas? Él es gusano, pero yo pensaba que era un hablantín, y como a veces decía cosas que me parecían ciertas... además, es un tipo simpático, buena gente, servicial. Incluso salimos varias veces con mujeres, por ahí. Ahora, me parecen otra gente. Ulises, me está costando trabajo continuar en esto. El día menos pensado no puedo contenerme y...

—No, no, no, ¡qué va! ¿Cómo es posible que digas eso? —objeta Ulises de manera fraterna, pero firme—. ¿Es que aún no comprendes la importancia, ahora más que nunca, de mantenerte así?

—Sí, lo sé. Es un decir. Me cuesta trabajo. Cada vez más. Pero no te preocupes. Yo comprendo, Ulises. No temas, no fallaré.

—No. Ésa no es la cuestión. Sé que es algo tremendo para ti. Pero, ¿te das cuenta por qué?

—¿Por qué? No entiendo.

—Claro. No es solamente ya un problema moral lo que te enfrenta a ellos. Es algo más profundo. Es lo mismo que nos une a nosotros, por encima aun de nuestra amistad.

—Ulises, honestamente, me has ayudado a entender todo esto, incluso parece tonto, ahora comprendo mejor a mi mujer. Pero todavía hay cosas en las que...

—¿Cosas.

—Tú defiendes esto plenamente convencido.

—¿Tú no?

—Sí. Es como si lo hiciera por instinto, pero a veces me pregunto cosas, y no encuentro respuesta...

—¿Cuáles cosas? Pregúntamelas a mí y vamos a buscarles la respuesta juntos. ¿Acordamos eso, no?

—Sí... pero te digo, estando solo, o cuando estoy con ellos y comentan, o cuando veo...

—¿Errores, deficiencias, malas acciones? ¡Ay, Néstor!, tú eres un hombre inteligente, pero de eso ellos entienden más que tú, porque sí saben por lo que pelean. ¿Lo sabes tú? Mira a ver por qué motivos ellos actúan así, y mira a ver por qué tú... o yo, nos enfrentamos a sus actividades. ¡Hazte esa pregunta! Ya verás.

Ulises presiona a Cardona

Llueve. La calle parece cubierta con una capa de aceite, mientras el automóvil se desliza por la avenida, rumbo a la playa. En ocasiones, una ventolera agita los pinos. La avenida, está desierta, aunque alguna que otra vez un transeúnte cruza a la carrera. Empapado.

Ulises hace dar varias vueltas al auto por diversas calles y después lo dirige directamente, tras mirar por el espejo retrovisor, hacia el garaje de una residencia situada a medianía de cuadra. Abre con llave la puerta interior y sube por la escalera, que termina en la sala.

Allí lo espera Cardona. Se saludan. Hacen comentarios sobre el tiempo. Ulises se interesa por el funcionamiento de la Planta. El ingeniero le cuenta las incidencias más recientes. Le informa sobre aquellos con quienes mantiene relaciones secretas. Tomás, de vacaciones. Gustavo, desesperado por realizar el sabotaje. Lo presiona. Teme se impacienta demasiado. Le ha insinuado si no le estará dando de lado.

—¿Qué clase de tipo! —exclama Cardona.

—¿Ya te dio la información?

—Sí. aquí la tengo —y saca de su camisa el papel doblado cuidadosamente—. No pudo entregarla toda.

—¿No la tenía?

—Si, él la tiene, pero...

—¿Qué? ¿Hay algún problema?

—No. Creo que no. Es una información que sólo conoce él. ¡Imagínate!

—¿Tiene miedo?

—¿Él? ¡Qué va! Pero me parece que tiene razón. Esa información es muy importante y hay que presionar al Centro para lo de los explosivos, y decirles que cuando nos vayamos se la llevaremos, y...

—¿Quién dijo eso? ¿Él o tú?

—No. Él, claro. Para nuestra conveniencia, me parece práctico.

—No me convence. Ya después nosotros decidiremos, pero insiste en que te la dé. ¿Tú estás seguro de que él la tiene? ¿No hay que pedírsela a nadie?

—¡Seguro! Es parte de su trabajo.

—Bien. Insiste entonces. Dile cómo nos presiona el Centro. Y que lo del sabotaje no va por ahora.

—¿Y el Centro qué dice?

—¿Sobre qué?

—Sobre el sabotaje.

—Ya viste el último mensaje. Que mandemos los datos. Nada más. Esperan nuestro plan.

Se sientan a la mesa y discuten otras cuestiones. Ulises le orienta cómo debe actuar. Vuelven a la sala. Se despiden. ¿Tienes en qué irte?, le pregunta Ulises. No, el esperará que escampe. Ulises asiente con la cabeza. No debo llevarte en el carro, dice. No deben vernos juntos.

—¿Y por la casa cómo andan? —pregunta Ulises.

—Bien, René, todos bien —responde Cardona.

Al abrir la puerta, Ulises se vuelve. La próxima entrevista será de acuerdo con lo planificado, dice. Si hay algo urgente, el sistema de aviso. Y se marcha.

Cuando la cinta se acaba

«...en cuanto a los datos del automóvil, en mensajes posteriores se pudo comprobar que eran necesarios para el traslado de los explosivos, pero seguía sin explicación el marcado interés por el tamaño de las gomas. Ulises propuso utilizar el carro de Néstor, a fin de que éste pudiera acompañar al espía en el viaje. Sin embargo, resultaría muy marcado que fuera el propio Ulises quien se lo propusiera a Cardona, dijo el capitán. Esto debía partir del espía...»

Ahora fui yo quien interrumpió al teniente. Se había terminado la dichosa cinta y era necesario cambiar el carrete. Mientras tanto, él desapareció. Lo esperé diez minutos. Después, salí a buscarlo, Había estado hablando por teléfono en el Cuerpo de Guardia. Pasó por la cocina para ver cómo estaba el almuerzo. Afuera, sentado sobre un tronco, miraba hacia la laguna.

Me sintió llegar hasta él, pero no se movió. Por fin lo había encontrado, intenté bromear. Descansaba, fue su único comentario. Era duro este trabajo; reinicié la conversación tras un momento de silencio. Los había más duros, dijo, y habló de distintos oficios, de los mineros, de los macheteros, de los guardafronteras.

Asentí. Cualquier trabajo tomado con amor por un revolucionario es apasionante y duro. Pero esta actividad pone a prueba, e iba a explicar toda mi concepción al respecto en tono arrebatado, casi un teque, y él me interrumpió. ¡No!, dijo, me dejaba arrastrar por el entusiasmo del relato, el misterio, el riesgo, el azar, la inteligencia, el rigor científico, todo eso que constituye una mezcla estimulante, sobre todo para escribir novelas. Noté en su voz un acento que nunca le había escuchado. Quedé en silencio, cohibido. Él también guardó silencio, apenado.

Debía perdonar sus palabras, dijo al fin. Eran injustas. Pero ambas cosas eran ciertas. ¿Cuáles cosas?, me atreví a preguntar. Me miró fijamente. Todo eso que había dicho era verdad, exclamó con fuerza, a mucha gente sólo le interesaba eso, y añadió, pero también era otra cosa más profunda e importante. Sabía que era eso último lo que yo buscaba. Pero también me interesaba lo otro. Eran inseparables, comentó. Debían serlo, en todo caso.

Me animé. Había sido injusto conmigo, acepté, pero, en definitiva, lo conocía suficientemente como para tomarlo a pecho. Sin embargo, calculé el efecto que iba a producir, era injusto con Ulises. Como si quisiera restarle méritos. Me miró sorprendido, sin responder, muy serio. Aflojé. No quería decir de una manera consciente, pero, y entonces me interrumpió.

Quizá tenía razón, dijo, pero habría sido sin proponérselo. Debía recordar cómo no había querido contar de memoria, para ser justo. No dijo más, pero de nuevo todo era normal entre nosotros.

Ya regresábamos a la casa por el sendero bordeado de pinos. Me interesó conocer cómo se sentiría Ulises en aquella situación. Se lo pregunté. Muy

tenso, dijo. Sabía lo que se traía entre manos. La responsabilidad directa era suya. Él tenía los pequeños hilos en sus manos. Sus jefes confiaban en él. Todos colaboraban. Ello ayudaba a soportar la tensión. Pero no se podía fallar.

Propuse concluir la grabación, y él recommenzó el relato.

3

¡Cuidado con los mensajes!

«...durante las últimas semanas de noviembre, el Centro de la CIA sólo había estado solicitando información. Ulises se preguntaba si habrían dejado de pensar en el sabotaje, cuando recibió un nuevo mensaje...

MSJ 19 (UNO NUEVE) REPORTE CAMBIOS EFECTUADOS RECIENTEMENTE EN PLAN SABOTAJE x MANTÉNGANOS INFORMADOS SOBRE MEDIDAS DE SEGURIDAD EN PLANTA PARA IR METIENDO POCO A POCO MATERIAL DE SABOTAJE INSTALACIÓN Y PODER ESCONDERLO HASTA MOMENTO APROPIADO x ESTUDIE Y REPORTE DETALLADAMENTE LUGARES CMA EQUIPOS O UNIDADES QUE PUEDA SABOTEAR x CAUSANDO DAÑOS MAYORES CON EQUIPOS INCENDIARIOS Y EXPLOSIVOS x FIN x FIN x FIN x

»...y a la semana siguiente, en la próxima transmisión, el panorama quedó casi totalmente despejado...

MSJ 20 (DOS CERO) x RECOJA MATERIAL DE SABOTAJE ESCONDIDO DENTRO GOMA AUTOMÓVIL CMA ENTERRADO SEIS PULGADAS BAJO TIERRA ENTRE PALMA CANA BAJITA Y PINO ALTO PEGADO POSTE NÚMERO OCHO DE RIACHUELO EN CERCA DE ALAMBRE x PINO ESTÁ DOS CINCO METROS AL NORTE CARRETERA CIRCUITO NORTE ENTRE CONSOLACIÓN DEL NORTE Y POBLADO LA MULATA EN PINAR DEL RÍO x PUENTE ALCANTARILLA ES EL MÁS GRANDE Y ESTÁ EN MEDIO DE LOS TRES ENTRE CURVA Y CASERÍO A TRES KILÓMETROS ESTE DEL RÍO CAIMITO Y UNO UNO KM OESTE DE LA MULATA x NECESITA SOGA PARA SUBIR GOMA POR LADERA PENDIENTE O LLEVAR GOMA HASTA LUGAR

MÁS APROPIADO x IMPORTANTE TAPE HUECO DE NUEVO LLEVE GOMA EN BAÚL
COMO REPUESTO x FIN x FIN x FIN x FIN x

»...recuerdo cuando Ulises descifró el mensaje. Su entusiasmo era enorme y el asombro también. ¡Tanto tiempo preparando el envío! ¡Fíjate la ingeniosidad de introducir los explosivos en el país! El 21 de diciembre se recibió otro mensaje, en el cual orientaban a Cardona llevar la goma a un lugar seguro, leer las instrucciones y le aconsejaban no enseñarle a nadie los materiales. Debía dejarlos escondidos en diferentes lugares, fuera de la Planta, y no introducirlos hasta recibir instrucciones específicas, porque primero querían conocer los lugares escogidos para esconderlos. Pedían se les informara las medidas de seguridad adoptadas, dónde pensaba esconderse después del sabotaje y quiénes serían las personas que serían exfiltradas con él. En el mensaje siguiente, le señalaban que tan pronto recogiese el material pasara un cable que dijera FELIZ AÑO NUEVO, firmado por Marcos, para indicar que, aunque había recogido el material, había notado anomalías en el área. En caso de no poderlo recoger, debía firmar **Roberto**. A fines de enero, lo urgían a ir inmediatamente. Ulises envió entonces el mensaje veinticinco, en el que, además de alguna información, aprovechaba para recordarles los problemas que presentaba el automóvil de Cardona, y que aún ellos no habían respondido sobre su preocupación por el lugar donde podría esconderse al producir el sabotaje. Estábamos a punto de alcanzar el objetivo perseguido desde hacía tanto tiempo. Era necesario estudiar muy detalladamente los pasos a seguir, a fin de evitar una precipitación perjudicial. Tan pronto se recogiesen los materiales, estaríamos expuestos a recibir la orden de realizar el sabotaje. No podíamos llegar a ese punto sin evaluar las alternativas posibles. Sin embargo, la situación no era tan difícil como seguramente te parece. Si analizas lo que te he estado contando, observarás la existencia de motivos suficientes para no sentirse comprometidos en exceso con el Centro. Por ejemplo, ya sabían las dificultades del carro de Cardona, le habíamos pedido piezas de repuesto y, sin embargo, no habían contestado. Del mismo modo se les había informado que no tenía amigos o familiares cerca de la costa, y ellos debían facilitar el escondite hasta su exfiltración. Y no lo habían hecho. Por otra parte, era

indudable que preparaban su plan con mucho cuidado. Y desde bastante tiempo atrás, porque desde mediados de año habían estado solicitando el tamaño de las gomas que hicieron llegar meses después. Tampoco habían explicado cuál era el lugar exacto por donde se produciría la exfiltración. El lugar escogido para dejar los explosivos demostraba una preocupación considerable en evitar un descubrimiento accidental. Así que estábamos en una buena posición para no ceder fácilmente a sus pretensiones, sin exigir a cambio mayor seguridad. En realidad, teníamos ventaja, porque aquello podía concluir en el momento que quisiéramos. Sólo que entonces el juego terminaría. Y, claro, nosotros queríamos ganarlo. El 18 de enero se recibió un nuevo mensaje...

MSJ 24 (DOS CUATRO) x CONTINUAMOS SIN RECIBIR CABLE INDICANDO YA RECOGIÓ MATERIALES x RECOJA MATERIAL LO ANTES POSIBLE PERO NO RPTO. NO LO META DENTRO DE PLANTA HASTA RECIBIR INSTRUCCIONES NUESTRAS x PRIMERO QUEREMOS ESTUDIAR PLAN DE ACCIÓN x TAN PRONTO RECIBAMOS INFORMACIÓN PEDIDA x PARA SU PROPIA SEGURIDAD MÁNDENOS DIRECCIÓN ADICIONAL DONDE PUEDA RECIBIR MSJ CARTA ADEMÁS DE SU PROPIA CASA Y BAJO NOMBRE SUPUESTO x CONTINÚE USANDO DIRECCIÓN JOSÉ LÓPEZ CMA PERO ALTERNANDO NUEVA DIRECCIÓN RENÉ GONZÁLEZ RPTO. RENÉ GONZÁLEZ OCHO DOS SEIS AZALEA DRIVE ROCKVILLE MARYLAND x HAGA CARTA CUBIERTA MÁS LARGA x ESCRIBA MSJ EN UN SOLO LADO x TRATE VARIAR CALIGRAFÍA x FIN x FIN x FIN x FIN x

»...tantas precauciones de última hora eran signo evidente, más que de un verdadero interés por el espía, de la euforia en pensar que su terrible acción estaba a punto de culminar y no deseaban que fuera a estropearse por algún descuido. Como ya se había enviado un mensaje en el que se explicaba la situación, se decidió esperar la reacción de la CIA y ganar tiempo. Pero ya el primero de febrero, un nuevo mensaje ponía de manifiesto la impaciencia que comenzaba a apoderarse del oficial del Centro enemigo...

MSJ 26 (DOS SEIS) x RECIBIDO SU DOS CINCO x USE CUALQUIER CARRO PARA RECOGER ENSEGUIDA GOMA AUTOMÓVIL x RECOJA ENSEGUIDA GOMA x ESTÁ APROXIMADAMENTE CINCO KILÓMETROS SEIS CERO METROS AL ESTE DEL

CENTRAL NIÁGARA COSTA NORTE PINAR DEL RÍO x VAYA POR LA CARRETERA CIRCUITO NORTE HASTA CONSOLACIÓN DEL NORTE x UNO UNO (11) KILÓMETROS PASADA LA MULATA Y TRES (3) KILÓMETROS ANTES DE LLEGAR A RÍO CAIMITO HAY TRES PUENTES ALCANTARILLA ENTRE CASERÍO Y CURVA CERRADA x GOMA ENTERRADA DOS CINCO METROS AL NORTE DEL SEGUNDO PUENTE ALCANTARILLA QUE ES EL MÁS GRANDE Y ESTÁ CINCO OCHO CERO (580) METROS PASADO CASERÍO x GOMA ENTERRADA SEIS PULGADAS BAJO TIERRA ENTRE PINO ALTO PEGADO AL POSTE EN CERCA DE ALAMBRE Y PALMA CANA BAJITA AMBOS AL NORTE DE LA CERCA POSTE NÚMERO OCHO CONTANDO DESDE RIACHUELO x LADO OESTE x

»...había, por tanto, que resolver enseguida el problema del automóvil, a fin de justificar la presencia de Néstor en el viaje...»

Cardona se desespera

—¿Y ahora qué hacemos? —dice alterado.

Ulises no le contesta de inmediato. Se queda pensativo, dándole vueltas al papel donde se encuentra copiado el último mensaje del Centro.

—¿Qué podemos hacer? —vuelve a preguntar Cardona—. ¿Por qué no resuelves un carro?

—Imposible. No sería lógico —replica Ulises sin abandonar su expresión de calma—. ¿Si estuvieras solo, por tu cuenta, cómo lo resolverías?

—Trataría de alquilar uno.

—Pero tiene que ser un modelo europeo, pequeño. De lo contrario, la goma no puede hacerse pasar por el repuesto. Y se supone que tienes que evitar cualquier detalle que pudiera hacernos sospechar de ti. Si te detuvieran en la carretera por cualquier motivo e hicieran un registro, podría llamar la atención. —Y Ulises mueve la cabeza, ceñudo—. No. El Centro no aceptaría esa solución. Además, ¿dónde vas a conseguir alquilar un automóvil con esas características?

—Entonces... —Cardona se detiene un momento. Se muerde los labios—. Pedirlo prestado.

—¿Para un viaje tan largo? Cualquiera no te lo presta.

—Tendría que ser alguien de confianza —argumenta Cardona—. Yo sé de alguien.

—¿Quién?

—Gustavo, el ingeniero.

—¿Y te lo prestaría?

—Si él va, sí.

—No. Entonces, no.

—Pero...

—A esto tienes que ir tú solo.

—Pero voy a necesitar ayuda.

—No. No me gusta la idea de que ese individuo conozca de los explosivos. Además, te va a presionar cuando sepa que ya están aquí.

—Pero —Cardona parece realmente afligido— no conozco a nadie más que pueda resolver la situación. Por lo de la presión no te preocupes, de todas maneras esto tenía que llegar. Yo lo manejo. Después no le digo dónde guardaré los explosivos.

—¡Desde luego que no!... ¿y qué carro tiene él?

—Un Opel chiquito, verde.

—Bueno, proponle la cosa. Pero recuérdalo, no debe acercarse al lugar del enterramiento. Tienes que esconder los materiales en un lugar distinto después del regreso a La Habana. A él sólo puedes utilizarlo para el viaje. Además, eso es una orientación concreta del Centro y nosotros estamos de acuerdo. Porque si te estuvieran chequeando, habría que buscarle una explicación a esa desobediencia.

Néstor también

—Hace veinte minutos.

Néstor está de pie frente a Ulises. Se ve sudoroso, lleno de nerviosismo. Había tratado de localizarlo, pero no pudo antes. Podrían ir el sábado, a la salida de la Planta. Le explica a Ulises detalladamente el lugar, la carretera que deben tomar. Pero Cardona no ha querido decirle nada más. Es muy misterioso, dice Néstor.

—Bien. Facílitate las cosas —dice Ulises con calma, mientras pone su brazo sobre el hombro de Néstor—. Es imprescindible que veas el lugar exacto a donde van, observa cualquier contacto que realice durante el viaje, y sobre todo, ¡sobre todo!, averigua dónde va a esconder lo que recoja.

Néstor lo mira expectante.

—¿Será?

—Sospecho lo mismo que tú. Deben ser los explosivos.

—¡Ay, ay! —exclama repentinamente Néstor—. No puedo ir. El carro...

¿Qué le pasa al carro?, pregunta Ulises, ahora también preocupado. El carro se rompió, estaba funcionando, pero esa misma noche no quiso avanzar más, no se sabía lo que le pasaba, se lo ha dejado a un mecánico amigo para que lo revise, el carro de Néstor, ¡roto!

—Hace falta un carro. Hace falta. Si le digo que no, me deja, se busca otro carro —se lamenta Néstor.

—No... eso no puede ser —exclama Ulises, ahora verdaderamente alarmado.

Cardona defiende a Néstor

—¿Qué pasa? ¿Por qué usaste el sistema de urgencia? —pregunta Ulises.

—Mira, René, se ha presentado un problema con el carro —dice Cardona, mientras la confusión lo embarga.

Ulises no sabe ya si finge o si verdaderamente está molesto y con quién. ¿Qué problema?, dice, y casi como un reflejo condicionado se altera, ¿no estaba de acuerdo Gustavo en ir al viaje?, y Cardona intenta tranquilizarlo, sin estarlo él, sí, pero me acaba de decir que hay que esperar, que el carro se rompió ayer, que lo tiene el mecánico, y Ulises aprovecha para descargar sus nervios, ¡vaya! ¡Qué casualidad! ¡Bueno salió el ingeniero!, y piensa en el pobre Néstor, y dentro de todo le entran ganas de reír, y debe de estar muy molesto, ¡a que se rajó!, dice. Y el otro, no chico, yo creo que no, el carro no estaba muy bien últimamente y, esto es el colmo, piensa Ulises, ahora lo defiende él y tengo que acusarlo yo, ¡cualquiera sabe!, ¡a mí nunca me ha convencido!, y ahora se siente tranquilo, y piensa que sí, que Néstor lo convenció desde el primer momento, y en fin, ¿cuándo está el carro?, ¿puede

ir o no?, y ahora sí hace un teatro, pero Cardona continúa verdaderamente preocupado, y Ulises comienza a preocuparse de tanto interés de Cardona por ir a recoger los explosivos, que dentro de dos días, dice Cardona. Y Ulises decide actuar como resultaría lógico, si todo fuera verdad.

—Mira, no se puede perder tiempo. Tienes que presionarlo. Esperamos los dos días. Pero si no está, buscamos otra solución. Para mí, el hombre se rajó.

Y se va tranquilo y contento, y pensando lo bien que trabaja Néstor, y que dentro de todo, las cosas marchan bien, y que un carro, en una situación así, se encuentra dondequiera, y preocupado, tanto interés de Cardona en los explosivos, y con cualquier carro no se pueden recoger, y qué dirá el Centro, y qué dirá el capitán, y este detalle debió preverlo y no confiarse, para que todo fuera verdad, cuando en esto no todo puede ser verdad, y se va molesto.

Y el teniente prosigue su narración

«...todo quedó resuelto como habíamos proyectado, y al fin, el domingo, salieron en el carro de Néstor ya arreglado, rumbo a Pinar del Río, aproximadamente a las dos de la tarde. Ulises se sentó junto a dos teléfonos por los cuales ambos debían llamarlo tan pronto regresaran del viaje. Las horas transcurrían y las llamadas no se producían. Sobre las diez y media de la noche, casi simultáneamente, sonaron los teléfonos. Néstor informó que habían recogido una goma de automóvil enterrada en un lugar de la carretera norte y de ahí la llevaron directamente a casa de Cardona. Éste, por su parte, comunicó que tenía la goma en su poder, y era conveniente, y sobre ello insistió varias veces, trasladarla lo antes posible. Se prepararon las condiciones necesarias, a cuyos efectos se coordinó con los técnicos en explosivos. Ulises fue a recoger la goma a casa de Cardona. Éste se encontraba muy nervioso. Tenía la goma, nueva, de fabricación norteamericana, detrás de la puerta del cuarto. A simple vista no tenía nada anormal, porque la llanta estaba bien situada y al presionar la goma ligeramente parecía llena de aire. Ulises comenzó entonces a temer una mala pasada del oficial de la CIA. ¿Habría descubierto la verdad a pesar de todo? ¿Y si no había nada en la goma? Porque podía pensarse también que todo

esto había sido un ardid del enemigo para verificar a su espía, sus movimientos, su actitud, si cumplía las órdenes, y en ese caso podían haber detectado algo anormal. Los técnicos aumentaron este sentimiento de sospecha, porque dudaban del supuesto contenido de la goma. Utilizando medios normales, aunque con mayor cuidado y trabajo por los posibles riesgos, pues no podía tampoco dejar de considerarse que todo estuviera marchando bien, y en ese caso la extracción de explosivos de la goma era una tarea angustiosa, ¿y si explotaba?, así, esta incógnita también quedó despejada. En el espacio comprendido entre la cara interna de la banda de rodamiento y la cámara, se encontraban unos paquetes de material plástico grueso, divididos en dos secciones. Ya entonces los técnicos comenzaron a actuar con mayor cautela. Cada una de las secciones era una especie de sobre, y al abrirlas, fueron encontrados los explosivos: grampas magnéticas, lápices explosivos e incendiarios de distintos colores, dos cajas que contenían detonadores, e instrucciones. Muchas instrucciones. Y suficiente explosivo para volar diez plantas. Todo había salido perfectamente. Y era la comprobación más efectiva de que hasta el momento el enemigo juzgaba como exitoso el cumplimiento de su plan, lo que en realidad evidenciaba la efectividad del nuestro. Una duda asaltó entonces a Ulises. ¿Podría una sola persona; sin contar con los medios convencionales, abrir la goma por sí mismo? ¿Y si ésta era una prueba al espía? ¿Y a nosotros? Con un cuchillo común y corriente la goma fue fácilmente atravesada. De esta forma, el espía podría explicar de un modo convincente su actuación, si llegaba el caso. Ulises abandonó de inmediato la Unidad y se dirigió hacia la casa de Néstor, con quien revisó, en forma detallada, todo lo sucedido durante el viaje; no halló ningún elemento anormal en la actitud de Cardona. A fin de tranquilizarlo, Ulises le dijo a Néstor que a partir de aquel momento sería él personalmente quien se ocuparía de la situación, y que no albergase ninguna preocupación por los explosivos, pues estaban tomadas las medidas necesarias para evitar que ocurriese accidente alguno. Al fin, teníamos los explosivos. Cumpliendo las instrucciones del Centro, se envió el cable correspondiente. En lo adelante, el problema fundamental consistía en evitar el sabotaje y lograr al mismo tiempo...»

MSJ 27 (DOS SIETE) RECIBIMOS SUS MSJS 26 Y 27 RADIO x SIGUIENDO INSTRUCCIONES FUI A RECOGER MATERIALES DÍA SEIS DE FEBRERO POR LA TARDE x POR MOTIVO NO TENER CARRO Y DIFICULTADES PERSONALES EN VIAJE Y AYUDA NECESARIA PARA RECOGER MATERIALES ME ACOMPAÑÓ INGENIERO GUSTAVO COLABORADOR MÍO x ÁREA DONDE RECOGÍ GOMA ESTABA TRANQUILA x EL INGENIERO SÓLO COOPERÓ EN VIAJE CMA AÚN NO CONOCE PLAN x MATERIAL ESTÁ ESCONDIDO ACTUALMENTE EN LUGAR SEGURO x QUISIERA SABER CUÁL SERÁ NUESTRA SITUACIÓN AL LLEGAR A ÉSA x DADA LA PELIGROSIDAD DE TODO ESTO ME ES NECESARIO CONOCER EXACTO LAS CONDICIONES DE EXFILTRACIÓN x PROBLEMAS PENDIENTES QUE DEBEN SOLUCIONARSE Y AÚN NO HAN DICHO CÓMO LO HARÁN x FIN x FIN x FIN x

Para precisar las cosas

En ese momento interrumpí de nuevo al teniente. ¿Poner tantas trabas, no indispondría al oficial de la CIA? ¿No sospecharía? El teniente me miró con ojos de comprensiva tolerancia, como si hubiese dicho algo absurdo o tonto. ¿Por qué?, dijo. ¿Si tú fueras espía, es un decir, no te preocuparías por cubrirte las espaldas, conociendo, como conoce todo el mundo, a los yanquis y su compañía?

Me guiñó un ojo y agregó, entre tú y yo, no hago más que pensar en ese pobre muchachito, el cual creía tener en sus manos nuestro destino. ¡Figúrate tú! Si al espía le ofrecían tantas cosas. ¡Qué no le habrían ofrecido a su oficialito! Y mientras reía, se encaminó a la puerta. ¿Te vas?, pregunté extrañado. Iba a separar almuerzo para los dos, porque esta vez no se detendría hasta llegar al final. Y se marchó.

En espera de su regreso revisé los libros numerados, las instrucciones, la jabonera plástica. Tentado por el receptor, me coloqué los audífonos y encendí el equipo. Situaba cada cristal de frecuencias diversas, pero sólo escuchaba la estática. En ese momento, regresó el teniente y al verme sentado, con el receptor conectado, me pidió que le recordara al final, algo curioso. Recuérdame el receptor, dijo. Y encendió otro tabaco.

Jugando a los naipes

«...te decía que enviamos el 15 de febrero un mensaje en el que se informaba sobre el cumplimiento de la tarea, y ese mismo día se recibió un nuevo mensaje...

MSJ 28 (DOS OCHO) x RECIBIDOS CABLE Y MSJ CARTA DOS SEIS (26) ADEMÁS DE TRANSMISIONES HORA LOCAL, TRANSMITIREMOS TODOS LOS JUEVES, SÁBADOS Y DOMINGOS A LAS DOS CERO CERO CERO (20:00) HORA LOCAL EN LA MISMA FRECUENCIA x URGE ESCUCHE TODAS NUESTRAS TRANSMISIONES Y DESCIFRE ENSEGUIDA CADA MSJ RADIO PARA EFECTUAR PLAN SABOTAJE Y COORDINAR EXFILTRACIÓN x NECESARIO SABOTEAR PLANTA NOCHE DE MARZO SEIS SI USTEDES TRABAJAN ESE DÍA x TIENEN QUE COLOCAR MATERIAL EN HORAS USUALES DE TRABAJO Y ACTIVAR DETONADORES AMARILLOS DE MÁXIMO TIEMPO ANTES DE SALIR DEL TRABAJO x LES DAREMOS BONO DE DIEZ MIL DÓLARES RPTO. DIEZ MIL DÓLARES SI SABOTAJE PARALIZA LA PLANTA POR TRES CERO (30) DÍAS x BONO MAYOR DE ACUERDO A DAÑOS CAUSADOS x FIN x FIN x

»...Ulises esperó la llegada del 18 de febrero, próxima transmisión de la CIA...

MSJ 29 (DOS NUEVE) x LLEVE MATERIAL A LUGAR SEGURO PARA ESTUDIAR INSTRUCCIONES Y FAMILIARIZARSE CON EQUIPO SABOTAJE x IMPORTANTE COMPREnda BIEN USO Y APLICACIÓN DE CADA COMPONENTE x PROBABLEMENTE COMPREnda BIEN USO Y APLICACIÓN DE CADA COMPONENTE x TENDRÁ QUE METER EQUIPO DESARMADO EN LA PLANTA POCO A POCO x NECESARIO ESTÉ BIEN FAMILIARIZADO CON EQUIPO SABOTAJE PARA PODER ARMARLO RÁPIDAMENTE SIN EQUIVOCARSE BAJO TENSIÓN DENTRO DE PLANTA x POR EJEMPLO CMA IMPORTANTE NO OLVIDAR SACAR ALFILER DE SEGURIDAD AL ACTIVAR DETONADORES x USE DETONADORES AMARILLOS DE

MÁXIMO TIEMPO x MANTENGAN MATERIAL ESCONDIDO FUERA PLANTA HASTA ULTIMO MOMENTO x LOS COMPONENTES SON SUFICIENTEMENTE PEQUEÑOS PARA LLEVARLOS ESCONDIDOS EN SU PERSONA O EN LA ROPA PARA PODER PASAR POSTAS x LIMITE A DOS NÚMEROS DE AGENTES DISPUESTOS A AYUDARLO EN SABOTAJE x SOLAMENTE PODEMOS SACAR MÁXIMO DE CUATRO PERSONAS EN TOTAL x CONTINUARÁ SÁBADO x

»...a partir de ese momento, la recepción de mensajes se transformó en una verdadera locura. Todos estábamos pendientes de ellos. Ulises adelgazaba por días; hasta olvidaba afeitarse. Iba poco por su casa. Leía una y otra vez toda la documentación: investigaciones, comprobaciones, mensajes, que habían ido acumulándose. Trataba de asegurar la máxima efectividad. Esta exaltación se había trasladado también al espía, al conocer uno a uno, los mensajes recibidos. Y no menor era la tensión a que estaba sometido Néstor, quien sin conocer lo que realmente sucedía, se debatía en un mar de conjeturas. Era como una endemoniada partida de naipes, con Ulises y Néstor de un lado y el oficial de la CIA y su espía del otro, sin faltar el detalle clave de la doble actividad que este último representaba...

MSJ 30 (TRES CERO) x PARA SU MAYOR SEGURIDAD VAMOS A EXFILTRARLO MISMA NOCHE QUE EFECTÚEN SABOTAJE x PARA ELLO ES NECESARIO QUE EFECTÚEN SABOTAJE PLANTA VIERNES MARZO CINCO x NOCHE ALTERNATIVA MARZO SEIS x SUPONEMOS ESTÁN TRABAJANDO TURNO DE DÍA Y SALEN DEL TRABAJO ANTES DE UNO OCHO CERO CERO (18:00) HORA LOCAL x DÍA SABOTAJE TIENEN QUE SITUAR MATERIALES EN LUGARES QUE HAGAN MÁXIMO DAÑO Y ACTIVAR DETONADORES AMARILLOS DE CINCO HORAS Y MEDIA (5,5) x MOMENTOS ANTES DE SALIR DEL TRABAJO PARA DARLES TIEMPO A SALIR DE LA HABANA x NECESITAN PERSONA DE CONFIANZA CON CARRO QUE PUEDA LLEVARLOS DIRECTAMENTE DE LA PLANTA A LUGAR QUE INDICAREMOS EN PROVINCIA DE PINAR DEL RÍO x PARA SER EXFILTRADOS x VIAJE DEMORARÁ TRES HORAS MÁXIMO Y TIENEN QUE LLEGAR AL PUNTO DE CONTACTO A LAS DOS CUATRO CERO CERO (24:00) HORA LOCAL x CONTINUAREMOS DOMINGO x

»...ahora la incógnita era el lugar por donde vendrían a buscar al espía y sus acompañantes. Era imprescindible conocerlo con tiempo suficiente para

prepararles un digno recibimiento, pero las cartas no eran mostradas todavía por el enemigo, quien también se cuidaba las espaldas...

MSJ 31 (TRES UNO) x SI POR CUALQUIER MOTIVO INESPERADO NO PODEMOS HACER CONTACTO PRIMERA NOCHE REPETIREMOS MISMA OPERACIÓN DE EXFILTRACIÓN NOCHE SIGUIENTE x VAYAN PREPARADOS PARA PODER QUEDARSE ESCONDIDOS (DOS CUATRO) 24 HORAS EN ARBOLEDA TUPIDA EN ESA MISMA ÁREA DE EXFILTRACIÓN SI TIENEN QUE ESPERAR HASTA SEGUNDA NOCHE PARA HACER CONTACTO MISMA HORA MISMO LUGAR x MÁS SEGURO ES QUEDARSE ESCONDIDOS BOSQUE QUE INDICAREMOS QUE ESTAR ENTRANDO Y SALIENDO DEL ÁREA x COMO PRECAUCIÓN ADICIONAL PERSONA QUE LO LLEVE DEBE PASAR POR EL MISMO LUGAR EN LA MAÑANA DEL SEGUNDO DÍA PARA CONFIRMAR SALIDA x MÁS ADELANTE LE DAREMOS ÁREA DE EXFILTRACIÓN Y PUNTO DE CONTACTO EXACTO UNA VEZ CONFIRMADO x EMPIECE A HACER PREPARATIVOS PERO IMPORTANTE QUE NADIE SEPA DETALLES NI VERDADERO MOTIVO SUS PLANES x ESCUCHE TODAS NUESTRAS TRANSMISIONES x SIGA INSTRUCCIONES x CONTINUARÁ LUNES x

»...el otro problema que ya se vislumbraba era la segura condicionalidad de la exfiltración al éxito del sabotaje, porque, ¿sería tan ingenua la CIA en este caso, como para arriesgarse a buscar a su espía sin esperar la explosión de la Planta? No. ¿Y qué podíamos hacer para llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias? ¿Cómo hacerles creer que el sabotaje se había producido? ¿Y si después de todo, no pensaban venir realmente, y dejaban comprometido a Cardona, una vez logrado su objetivo?

MSJ 32 (TRES DOS) x PARA ACTIVAR EXFILTRACIÓN NECESITAMOS SABER ENSEGUIDA SI UD. PUEDE O NO EFECTUAR SABOTAJE SEGÚN INSTRUCCIONES DADAS x MANDE ENSEGUIDA CABLE A MIAMI DICIENDO TEXTO QUE MANDAMOS A CONTINUACIÓN PERO SIGUIENDO INSTRUCCIONES QUE PONEMOS ENTRE PARÉNTESIS x ANA DIO A LUZ HERMOSO VARÓN PARÉNTESIS PONGA AQUÍ VIERNES O SÁBADO PARA INDICAR DÍA EN QUE VA A EFECTUAR SABOTAJE PARÉNTESIS x PASADO x A LAS x PARÉNTESIS PONGA AQUÍ HORA EN QUE SALDRÁ DEL TRABAJO PARÉNTESIS PUNTO x A PESAR DE SU DIABETES TUVO PARTO NORMAL Y AMBOS ESTÁN BIEN x PUNTO x TODOS ESTAMOS MUY

CONTENTOS x PASA NOTICIA A PARÉNTESIS PONGA AQUÍ PRIMER NOMBRE DE PERSONAS QUE SALDRÁN CON UD. PARÉNTESIS Y DEMÁS FAMILIARES x PUNTO x RECUERDOS x FIRME CABLE TONY x NO MANDE CABLE RPTO. NO MANDE CABLE SI NO, RPTO. SI NO PUEDE EFECTUAR SABOTAJE x CONTINUAREMOS JUEVES x

»...cumpliendo estas instrucciones, el propio Ulises se encargó de pasar el cable...

ANA DIO A LUZ HERMOSO VARÓN VIERNES PASADO A LAS 06:30 P.M. PUNTO A PESAR DE SU DIABETES TUVO PARTO NORMAL Y AMBOS ESTÁN BIEN PUNTO TODOS ESTAMOS MUY CONTENTOS PUNTO PASA NOTICIA A JULIA, GUSTAVO, TOMÁS Y DEMÁS FAMILIARES PUNTO TONY

»...y al jueves siguiente se recibió...

MSJ 33 (TRES TRES) RECIBIMOS CABLE CONFIRMANDO SABOTAJE VIERNES MARZO CINCO x LOS EXFILTRAREMOS ESA MISMA NOCHE SI NO HACEMOS CONTACTO MARZO CINCO REPETIREMOS MISMA OPERACIÓN MARZO SEIS x AL SALIR TRAIGA DATOS E INFORMACIÓN QUE TENGA PARA NOSOTROS x CON GRAMPAS MAGNÉTICAS PUEDE SITUAR CARGAS QUE AFECTEN CADA ACCESO x SELECCIONE TRES O CUATRO OBJETIVOS CLAVE EN FUNCIONAMIENTO Y USE DE DOS A CUATRO GRAMPAS EN CADA BLANCO x COMO INGENIERO UD. PUEDE SELECCIONAR MEJOR BLANCOS CRÍTICOS A LOS CUALES TENGA ACCESO Y FACILIDAD PARA PONER GRAMPAS x CONTINUARÁ SÁBADO x

»...te extrañará que se consultara tanto a Cardona, que se le informara. ¡Claro, era riesgoso!, pero era necesario no olvidar que la CIA se estaba preparando para asestarnos un gran golpe y no dejaría ningún detalle suelto. No era entonces descabellado pensar que enviasen otro espía, por ejemplo, para hacer contacto con Cardona y verificar cómo marchaba todo. Ya se habían tomado otras medidas ante esa posibilidad, pero Ulises no podía actuar solo, necesitaba concertar las opiniones con Cardona, sobre la base de que éste, estando verdaderamente arrepentido, trabajaba sin dobleces, o, al menos, controlado por su propia situación...

MSJ 34 (TRES CUATRO) PRIMERO ESTUDIE LUGAR EXACTO DONDE VA A PONER GRAMPAS x ENTONCES ACTIVE DETONADORES Y SAQUE ALFILER DE SEGURIDAD EN LUGAR APROPIADO x ÉSTA ES MANERA MÁS SEGURA PARA UD. x DETONADORES AMARILLOS DE MÁXIMO TIEMPO x ASÍ NO SE EXPONE TRATANDO ACTIVARLOS EN LUGAR PELIGROSO x VAYA DIRECTAMENTE DE LA PLANTA A LUGAR DE EXFILTRACIÓN QUE LE DAREMOS MAÑANA DOMINGO x CONTACTO SERÁ A LAS DOS CUATRO CERO CERO (24:00) HORA LOCAL MARZO CINCO x SI NO LLEGAN ANTES DE ESA HORA REPETIREMOS MISMA OPERACIÓN MARZO SEIS MISMA HORA x PARA IDENTIFICARNOS NOSOTROS PREGUNTAREMOS ¿DÓNDE ESTÁ MARCOS? UD. CONTESTARÁ MARCOS NO VINO PERO MANDÓ A SU MUJER x ESPEREN EN LUGAR EXACTO DE CONTACTO HASTA NOSOTROS LLEGAR x SIGAN INSTRUCCIONES x CONTINUARÁ DOMINGO x

»...esa noche Ulises no durmió. Se tiró en una litera. Febrilmente daba vueltas sobre el colchón. En su mente se entrecruzaban mensajes, conversaciones, entrevistas y mapas. Aquel mensaje treinta y cinco quizá desencadenaría el final. Pero no ocurrió así. En el mensaje treinta y cinco repetían el mismo texto anterior. Era casi una burla. Al recibir este mensaje, faltaba tan sólo una semana para la fecha del sabotaje y la exfiltración, no existía tiempo ya para contestar mediante escritura secreta al Centro, nos encontrábamos ante el inminente desenlace del caso. Teníamos todos los detalles, incluyendo la clave verbal para el encuentro en la costa, pero faltaba conocer el lugar exacto por donde se produciría la exfiltración. Y eso era fundamental, porque hasta tanto no se conociera, no se podía desarrollar el plan de contramedidas. Podrás suponer la tensión a que nos encontrábamos sometidos. Al fin, el día primero de marzo se recibió un nuevo mensaje. Ese día había amanecido lluvioso y cuando Ulises probó el receptor por la mañana, notó gran cantidad de estática en el audio. De mantenerse así, por la noche se dificultaría la audición. Sin embargo, fueron transcurriendo las horas, el tiempo mejoró y esa noche a las nueve y media Chelo Velázquez pidió que la besaran como si fuera la última vez. Una hora después de terminada la transmisión, Ulises había descifrado el mensaje, y con ello, la última incógnita quedaba despejada...

MSJ 36 (TRES SEIS) ÁREA DE EXFILTRACIÓN ESTÁ AL NOROESTE DEL LUGAR DONDE RECOGIÓ GOMA x VAYA POR MISMA CARRETERA CIRCUITO NORTE HASTA CONSOLACIÓN x BÁJESE DEL CARRO EN PRIMER PUENTE ALCANTARILLA SIETE CERO CERO (700) METROS PASADO LUGAR DONDE RECOGIÓ GOMA x DESDE EL PUENTE CAMINO UNO CINCO CERO (150) METROS DIRECCIÓN NORTE SIGUIENDO LADERA RIACHUELO x ESPEREN EN ESQUINA SURESTE DEL CRUCE x CARRO DEBE PASAR POR MISMO LUGAR. DOMINGO MARZO SIETE PARA CONFIRMAR EXFILTRACIÓN x MANDE ENSEGUIDA CABLE FAMILIAR A MIAMI FIRMADO POR DELIA PARA CONFIRMAR COMPRENDE Y SEGUIRÁ INSTRUCCIONES O FIRMADO POR CARMEN SI NO COMPRENDE INSTRUCCIONES x CONTINUARÁ LUNES x

...a fin de precisar detalles y ganar tiempo, se remitió el cable firmado por Carmen, aprovechando como pretexto el mal tiempo existente. Ulises propuso visitar discretamente la zona para conocer sus características y preparar la operación. Ya habíamos sospechado que se trataba de la misma zona por donde se recogiera la goma. Ahora, al darnos como punto de referencia el escondrijo anterior, facilitaban las cosas. Por lo tanto, era necesario ir con uno de los dos ingenieros que lo conocían. Se decidió fuera Néstor, para mayor seguridad, aunque ocultándole los verdaderos motivos del viaje. Sería una comprobación sobre trabajos que se realizaban en la zona, de acuerdo con lo informado por él, después de su viaje con el espía...»

Viaje a la costa

La carretera serpentea al cruzar el nacimiento de la cordillera de los Órganos. Una tras otra, se suceden las curvas en la estrecha vía bordeada de bosques. A veces se divisa un valle. O un precipicio muestra muy abajo el relumbre de un arroyo. Las palmas se ven tan pequeñas como alfileres clavados en un mapa multicolor.

Los dos hombres han conversado durante todo el viaje. Incesantemente. De muchas cosas. Pero no sólo se debe a la natural tensión del momento. Comprueban la coincidencia de sus pensamientos en multitud de cosas, ahora de manera mucho más evidente, quizá por la necesidad de sentirse muy unidos en la lucha final.

—¿Aun así? —es Néstor quien habla.

Ulises calla durante unos momentos y al salir de una nueva curva, responde.

—Aun así. Yo nunca dudaría. Cuando se tiene la convicción de lo justo de una causa, cuando se tiene fe en un ideal...

—Yo imaginaba antes —lo interrumpe Néstor— que un revolucionario no tenía esos sentimientos, que fríamente...

—No, Néstor —dice Ulises mientras gira de nuevo el timón—, nada en la vida se logra fríamente. Mucho menos puede lograrse una Revolución, un proceso todo fuego, pasión, lucha. La frialdad es característica de aquel que trata de mantenerse al margen, de no participar. Pero ni eso se logra por mucho tiempo. Tarde o temprano hay que decidir, tomar posición. Tarde o temprano, cuando menos se espera, te ves envuelto en la vorágine de la lucha y casi decides sin darte cuenta, así, nada más. —Por un momento vuelve el rostro hacia su acompañante—. Tú, por ejemplo, tomaste una decisión movido por un sentimiento noble, aunque desprovisto de implicaciones políticas para ti. Inexorablemente debía llevarte hacia nosotros. ¿Sabes por qué?

Néstor lo escucha con atención. Ulises vuelve a girar el timón. Ahora comienza a descender por un costado de la cordillera.

—Porque en la base de todo sentimiento revolucionario se encuentra esa condición humana, porque sin ella puede participarse en la lucha, pero por la aventura, nada más. Y tú, nunca podrías ser un aventurero de ese tipo.

—Pero ellos, algunos de ellos pueden luchar apasionadamente por lo suyo.

—Sí. Pero si esa pasión es sincera, rápidamente comprenden que el objetivo por el cual luchan no es el justo y adecuado. En caso contrario se trata de una pasión malsana, egoísta, que las hay. Pero ésa nunca lleva a las filas de la Revolución. Ésa conduce al fascismo. Entre nosotros todo tiene que ser muy limpio, muy honesto. No pueden existir mezquindades, ni negocios sucios, ni intereses personales espurios...

—Ulises —musita Néstor. El hombre que va a su lado lo mira como alentándolo en el pensamiento—. ¿Podré algún día... podré trabajar como tú?

Ulises no muestra sorpresa en el rostro, con la seguridad de lo esperado. No contesta de inmediato. Fija la mirada en la carretera y se mantiene en silencio. Al notarlo, Néstor repite la pregunta.

—¿Podré?

Casi de inmediato se contesta a sí mismo.

—No, me falta demasiado.

—No, Néstor. Nunca falta demasiado si se quiere realmente alcanzar algo. Tú cumples una gran tarea en nuestro país, ahora has ayudado conscientemente a la Revolución en un asunto de enorme importancia, has comprendido, por ti mismo, cuál es tu lugar y lo ocupas. Cuando la Revolución te necesite, dondequiera que sea, incluso en un trabajo como éste, sé que podrás hacerlo. Y mientras, no olvides que el calor no puede llegar a la cabeza. Las cosas hay que verlas como son, analizarlas, estudiarlas. Sólo entonces...

Ya han cruzado la cordillera y corren por la carretera que bordea la costa. Pinares. Grandes pinares se extienden a uno y otro lado. Pinos y eucaliptos.

—¡Por aquí, Ulises! ¡Es por aquí! —lo interrumpe Néstor.

Como a un kilómetro se ven algunas pequeñas casas. Aparece una curva. Y tras él viene ía su encuentro un letrero indicador: LA MULATA.

Ahora nos interrumpen

«...cuando llegaron al área, Néstor mostró el lugar donde había sido encontrada la goma del automóvil. Ulises comprobó la coincidencia en detalles con el plano elaborado sobre un mapa de la zona, al fijar el área aproximada. La nueva ubicación del punto de contacto para la exfiltración también coincidía plenamente: una densa arboleda, un arroyo, un camino de tierra. Ulises regresó a La Habana dispuesto a comenzar los preparativos de la operación. Y allí lo esperaba una desagradable sorpresa que podía destruir todo el trabajo realizado durante más de un año...»

El teléfono de magneto sonó con insistencia. El teniente escuchó durante unos momentos lo que le decían desde el Cuerpo de Guardia y descolgó una de las extensiones de la pizarra telefónica. Aunque su rostro no permitía

adivinar lo que le decían, sí era evidente su contrariedad. El entrecejo se cerró levemente y los labios se apretaron aún más de lo que normalmente los tenía.

¿Pero cuándo fue eso?, decía, ¡debieron avisarme antes!, alertaba. ¡Qué domingo ni ocho cuartos!, protestaba con enfado, preguntaba por el teniente Miguel, que lo esperara, que fuera preparando el informe, y colgó. No dijo nada, pero empezó a recoger las cosas apresuradamente, mientras murmuraba en voz baja. Sin mirarme, comentó: ¡Por hoy se acabó, el final te lo cuento otro día!, que preparara las condiciones para irnos de cacería a finales del mes.

Ya entonces había terminado de sellar las carpetas y las guardaba en la caja fuerte del archivo. Mientras salíamos de la oficina y sellaba la puerta, se despidió con un breve ¡hasta luego!, y sin esperar a que yo montara en el carro, partió en el suyo, por entre la avenida bordeada de cocoteros.

Comencé a sentir un molesto dolor de cabeza. Aquella historia, contada a retazos, siempre inacabada, arbitraria, el cambio brusco de situaciones, a lo que el teniente parecía estar acostumbrado, todo, había terminado por agobiarme un poco.

En realidad, había algo mucho más interesante que conocer el final. En los años de amistad con el teniente nunca había alcanzado a conocerlo de una manera tan profunda como ahora. También, indudablemente, era compleja aquella relación de Ulises con Cardona y Néstor. ¿Cómo podía mantenerse así una tensión continua?

El dolor de cabeza aumentaba. Miré el reloj y descubrí que eran casi las tres de la tarde. Aceleré el carro suavemente. Al fin y al cabo, no habíamos almorzado siquiera.

III. ¡Entonces, hágala explotar!

«...Comprendemos su misión difícil, pero esperamos pueda hacerlo. Buena suerte.

FIN x»

De cacería

Llevábamos horas metidos en el agua helada, casi hasta la cintura en ocasiones, sin hablar, con la tensión de la observación constante, en espera. Al amanecer aparecieron bandadas de patos y recuperamos el tiempo invertido, con las aves ensangrentadas que llenaron el morral. Con las escopetas hacia abajo y la preciosa carga al lado, calados hasta los huesos, y tan contentos como todo cazador al regresar con la presa en sus manos, caminamos los kilómetros que nos separaban de la casa.

Habían preparado especialmente para nosotros un almuerzo criollo, con chilindrón y suficiente cerveza. Después del café algunos fueron a dormir la siesta. Otros jugaban al dominó. Las mujeres conversaban en el portal.

El teniente y yo decidimos caminar. Nos dirigimos hacia una pequeña elevación que habíamos visto la noche anterior desde la carretera. En ella parecían quedar vestigios de algún fortín colonial.

En efecto, las ruinas cubiertas por malas hierbas y enredadoras, señalaban un punto de ubicación militar de las tropas españolas en el siglo pasado. Buscamos, puerilmente, huellas de quien hubiese estado allí con anterioridad. Resultó inútil. Eran sólo unas viejas piedras mudas.

En la parte mejor conservada existía la base de una escalera, restos de lo que debió ser la garita. Hasta allí llegamos. Y cansados por el ejercicio nos sentamos junto al muro. Disfrutamos del paisaje y la brisa, conversando sobre

cosas sin importancia. El tema surgió de manera natural, tan natural como si no lo hubiésemos estado esperando todo el día.

Ahora no contaba con la grabadora, ni con mi agenda de notas, y por lo tanto, tendría que confiar en la memoria. Aquella tarde, el teniente demostró sus cualidades de narrador y su conocimiento profundo del caso. Yo he tratado de reconstruirlo.

Traición

Al regresar del viaje a la costa, Ulises encontró en su mesa un recado urgente del oficial de Guardia de la Jefatura. Debía recoger una correspondencia relacionada con el caso. Era una carta dirigida a los Estados Unidos, con remitente falso. Dentro de la carta había una nota:

FAVOR HACER LLEGAR ESTE MENSAJE A JOSÉ LÓPEZ, 816 NO. 36 ST. MIAMI USA.

Era la dirección del buzón utilizado para enviar los mensajes al Centro enemigo. Junto a ella, escrito con letra de molde, había un texto abierto:

FEB 26/65 HAGO CONSTAR QUE YO VUESTRO AGENTE MARCOS EN LA HABANA SORPRENDIDO HACE APROXIMADAMENTE UN AÑO POR AGENTES DEL G-2. PUEDE QUE ESCRITURA SECRETA HAYA SIDO DESCUBIERTA EN LA ACTUALIDAD POSICIÓN MÍA Y DEMÁS DEPENDERÁ DE VUESTRO COMPORTAMIENTO. SABOTAJE PRÓXIMO A REALIZARSE EN LA PLANTA DEBERÁ SER TRATADO POR UDS. COMO REAL. A MÍ ME TIENEN COMO INTERMEDIO SOLAMENTE. DESCONOZCO PLANES. VIDA DE TODOS LOS QUE HAN TENIDO QUE VER CONMIGO DEPENDERÁ DE MI OBEDIENCIA ABSOLUTA A G-2. NO INTERRUMPAN VUESTROS PLANES BRUSCAMENTE EN ESTOS DÍAS TAN IMPORTANTES PUES YO ESTARÍA DESCUBIERTO SÓLO NO ARRIESGUEN VIDAS HUMANAS. LUZCAN QUIZÁ COMO QUE ME TRAICIONAN A ÚLTIMA HORA. RPTO. NO INTERRUMPAN BRUSCAMENTE. EN EL FUTURO ESPERO PODER PASAR ESTA PRUEBA. NO CONOZCO QUIÉN LLEVARÁ ESTE MENSAJE PERO CONFÍO EN DIOS UDS. LO RECIBAN. ESTO SECRETO ABSOLUTO. NO PIERDAN ESPERANZAS. NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA. MI CORAZÓN ESTÁ TRISTE. NO QUISIERA PROVOCAR

DESGRACIA. NI SER TOMADO POR TRAIADOR Y COBARDE CUANDO MI ALMA ES VALIENTE. **MARCOS**.

Se pensó detener inmediatamente al espía, para conocer si había enviado otras notas similares. Luego de este primer momento, analizando fríamente la redacción de la nota, se podía asegurar que éste era su primer intento. Explicaba su relación con la Contrainteligencia desde el inicio, luego, no lo había hecho antes.

Pero también mostraba que su estado de ánimo no podía asegurar que, en un momento de crisis, lo diera a conocer a sus colaboradores o a otras personas.

Por otra parte, si era detenido, se corrían serios riesgos de echar al suelo todo el plan elaborado. Por ello fue Ulises quien propuso no proceder a efectuar las detenciones hasta el mismo día de la exfiltración. Mientras tanto, sería necesario tranquilizarlo y engañarlo con respecto a los verdaderos propósitos de la Contrainteligencia.

De esta manera, Ulises sostuvo la que sería su última entrevista con el espía. Se desarrolló con normalidad, como en otras ocasiones. La conversación le permitió a Ulises dejar claramente expuesto que no se pensaba continuar el caso. Habría que buscar un pretexto para justificar una nueva posposición. En realidad, se le dijo a Cardona, que existía interés en conocer cómo ellos planeaban estas operaciones de exfiltración. Pero no se haría siquiera un simulacro de sabotaje en la Planta. Y se despidieron. Como siempre.

Ulises no se conformó con esta entrevista. Por distintos medios verificó la actitud que el ingeniero mostrara en los días siguientes. Todo indicaba que, en efecto, sobrellevaba la crisis.

El 4 de marzo se recibió el último mensaje del Centro de la CIA para el ingeniero Cardona, alias **Marcos**, su espía.

MSJ 37 (TRES SIETE) RECIBIMOS CABLE Y MSJ CARTA DOS SIETE (27) NO NECESITA CASA DONDE ESCONDERSE. LOS EXFILTRAREMOS MARZO CINCO CONTACTO ALTERNATIVO MARZO SEIS x VAYA DIRECTAMENTE DE PLANTA A ÁREA DE EXFILTRACIÓN. COJA CARRETERA CIRCUITO NORTE DIRECCIÓN OESTE

PROVINCIA PINAR DEL RÍO x BÁJENSE DEL CARRO EN PRIMER PUENTE INDICADO x ESPEREN EN ESQUINA SURESTE DEL CRUCE HASTA HACER CONTACTO x SU LLEGADA AQUÍ ESTÁ SOLUCIONADA x TRAIGA SOLAMENTE DOCUMENTOS PERSONALES, FOTOS Y TODA INFORMACIÓN QUE TENGA PARA NOSOTROS x COMPRENDEMOS SU MISIÓN DIFÍCIL PERO CONTAMOS PUEDA HACERLA x ESTAREMOS LUGAR ENCUENTRO EN HORA INDICADA x PARA IDENTIFICARNOS PREGUNTAREMOS DÓNDE ESTÁ MARCOS x USTED CONTESTARÁ MARCOS NO VINO PERO MANDÓ A SU MUJER x NUESTRA GENTE YA ESTÁ EN CAMINO PARA TRAERLOS A TODOS A LA LIBERTAD x VIVA CUBA LIBRE x FIN x FIN x FIN x FIN x

La traición intentada por el espía demostraba que no supo valorar la alternativa que se le había brindado. Sus características, su extracción social, su ideología reaccionaria le impidieron comprender que tenía la posibilidad de rehabilitarse. Su servil sometimiento llegaba a los extremos de copiar el ridículo y chapucero español de los mensajes de sus amos. Era traidor sin atenuantes. Pero su vano intento había fracasado.

La acción de la Contrainteligencia, apoyada en la colaboración de manos anónimas, de manos trabajadoras, había permitido prever e impedir su traición. Sólo quedaba ultimar los preparativos finales para culminar la operación.

El 5 de marzo se pusieron en acción todos los dispositivos preparados, incluyendo el simulacro de sabotaje en la Planta. En La Habana, a la hora fijada, el ingeniero asistió a su entrevista con Ulises. En lugar de éste, se encontró al capitán, quien brevemente le explicó la situación. Cardona intentó mostrarse ofendido. El oficial se limitó a enseñarle la nota y el mensaje con los cuales había creído burlar a la Seguridad del Estado. Y comenzando lo que sería después un gran ataque de nervios, el espía exclamó: ¡SÍ; YO LO HICE, FUSÍLENME! Entonces, comenzó a llorar.

Simultáneamente se informó a Pinar del Río la detención de Cardona y sus colaboradores. Al no haber ningún elemento nuevo en la situación, podía continuarse con el plan aprobado.

Operación en marcha.

Son las once y veinte de la noche. Un auto avanza por la carretera norte

rumbo a Consolación. Marcha a media velocidad por una carretera desierta, oscura, bordeada de pinares. Es un auto pequeño, tipo europeo. Delante van dos hombres. Detrás, dos hombres y una mujer.

Los indicadores de tránsito se suceden unos a otros. Ferrocarril. Ceda el paso. Curva peligrosa. No cruce de senda. Pinos y eucaliptos. Una granja lejana en sombras. Curva. Cruce de camino. Pavimento resbaladizo. Pinos. Pinos y eucaliptos. Palmas. Los faros del auto descubren a lo lejos un letrero que se acerca. Indicador de un caserío. Un poco más. Pasa el letrero junto al auto: LA MULATA.

Cruza el auto el caserío dormido. Casas pequeñas de madera. Parecen dormir unas encimadas a las otras. Portales continuos. Horcones. Un camino de tierra que va a cualquier parte. Las últimas casas. La Mulata se pierde detrás.

Quien conduce el auto mira el marcador del kilometraje. Cuenta mentalmente. Uno. Pinos, eucaliptos. Bosques cerrados. Los letreros indicadores. Dos. El silencio va en el auto. Afuera también. Tres. El auto avanza a velocidad moderada, sin variación alguna. Cuatro. Curva peligrosa. Cinco. Quedan atrás los kilómetros. Seis, siete, ocho. La aguja del cuentamillas va reduciendo la marca muy lentamente. Ochenta kilómetros, setenta y cinco. Nueve. Setenta. Diez. Sesenta. Cincuenta y cinco. Curva cerrada. Once. Un ligero movimiento se produce entre los ocupantes del auto. Sus rostros se acercan a los cristales de las ventanillas. Una alcantarilla.

Continúa el auto su marcha. Pinos. Palmas canas. Cercas de alambre y postes. Una segunda alcantarilla. Ahora se cuentan los metros. Diez. Veinticinco. Ochenta. El auto acelera un poco. Ciento veinte. Pinos y eucaliptos. En el auto, silencio. Los rostros junto a la ventanilla. Seiscientos metros. De nuevo la aguja desciende. Y la velocidad disminuye. El conductor aplica suave, muy suavemente, el pie al pedal de freno. Setecientos.

Se han detenido justamente sobre el puente de otra alcantarilla. Son las once y cincuenta y cinco de la noche. Las portezuelas del auto se abren. Descienden tres hombres y la mujer. Se apartan del auto y se dirigen al borde de la alcantarilla. El auto, mientras tanto, continúa hacia el oeste, rumbo a Consolación.

Los integrantes del grupo se orientan por un momento. Comentan algo en voz baja. Después comienzan a bajar por un costado de la alcantarilla. La mujer lleva una bolsa. Nada más. Caminan rumbo a la costa norte. Uno de los hombres ayuda a la mujer. Cruzan una cerca. El riachuelo hace escuchar su entrecuchar de piedras. Caminan junto a él. Hay fango. Uno de los hombres mira su muñeca. Cuenta los metros. Ya son más de ochenta. Muy cerca se observa un claro en la arboleda. Hay un camino de tierra. Son ciento cincuenta metros. El riachuelo, un hilo de agua fangosa que se bifurca en las quebradas, cruza el camino de tierra, formando un lodazal.

El hombre vuelve a mirar su muñeca. Se orienta. Esquina sureste del cruce. Los otros lo siguen. Están en la hondonada, exactamente en el centro de la arboleda. Desde aquí no se observa otra cosa que laderas de tierra y maleza. Y árboles, árboles, árboles.

Pinos, majaguas, palmas. Pinos y eucaliptos sobre todo. El riachuelo viene de arriba. El camino de tierra llega desde una curva cercana. Lomas y pinos los rodean.

Sin embargo, desde cualquiera de las elevaciones cercanas, en especial por el lado de la costa, pueden ser observados sus movimientos. Más aún, en la zona desemboca una cañada seca. La altura de sus bordes es la de un hombre. Una cañada seca que, después de unas cuantas vueltas, termina precisamente en la costa.

Pero desde donde el grupo se encuentra, esta cañada no se ve. Sólo el riachuelo, el camino, y los árboles. La arboleda, que lo cubre todo.

A lo lejos puede escucharse el rompiente de las olas en la costa. Debe de haber un playazo. Aquí llega asordinado. Con mucha más claridad se percibe el ruido constante de los animales del bosque. Y el que produce el ramaje de los árboles con el viento. No obstante, a las once y cincuenta y ocho se escucha un silbido. A éste responde otro, completamente distinto.

El grupo se pone en guardia. Nuevamente se escucha el silbido. Ahora más cerca. En el frágil silencio que los envuelve se distingue el característico sonido que producen las ramas al ser pisadas.

Y casi de improviso, por entre las sombras de la arboleda, se observa un movimiento. El movimiento es una forma que crece. La forma son dos siluetas que se recortan entre los pinos, a la entrada de la cañada.

—¿Dónde está Marcos? —dice una voz masculina, de indudable acento cubano.

Transcurren momentos de incertidumbre. Las siluetas se han detenido. Algo así como un chasquido metálico resuena en la hondonada.

—¿Dónde está Marcos?

Uno de los hombres del grupo responde:

—Marcos no vino, pero mandó a su mujer.

Entonces las siluetas se acercan aún más. Son dos hombres. Vestidos con ropa oscura, al parecer uniformes, portan armas largas.

—¿Quién es Marcos? —pregunta uno de ellos.

—Yo soy Marcos, ésta es mi mujer y éste es Gustavo y aquél, Tomás — le responde.

Uno de los recién llegados se vuelve y comienza a avanzar hacia la cañada, que los del grupo descubren ahora. El otro les indica con el arma la abertura que tienen enfrente, y les dice:

—¡Rápido, vamos por aquí!

El grupo, que hasta ahora se ha mantenido unido en el centro de la hondonada, se rompe. Como sombras en fuga se desplazan en el espacio abierto sobre el camino y el riachuelo. Dos de las sombras, piernas y brazos en molinete, desaparecen por la cañada tras el hombre que acaba de volver la espalda.

La mujer, una sombra más, se retira hacia una quebrada, abre la bolsa, acciona un equipo de comunicación. Insiste en su llamada, sin perder de vista el centro de la hondonada.

La otra sombra ha crecido. Toda su energía se desplaza a piernas y manos. Con una mano desenvaina el puñal oculto en la pierna. La otra se alza como si todo el brazo fuera un sable. Y en la fracción de un segundo, descarga un certero golpe, seco y preciso, sobre el hombre que aún con el fusil en las manos y detenidos sus reflejos momentáneamente por la sorpresa, ha sentido el increíble rasgar de su carne y el romper de sus huesos, y ha caído a tierra, soltando el arma.

Los dos hombres luchan sobre el suelo revuelto del bosque. Se escucha sólo el jadeo de ambos por el esfuerzo físico. Su corpulencia es pareja. Sus movimientos se entaban en una lucha perfecta. Pero uno de ellos, de piernas

abiertas sobre el otro, a horcajadas, con una de las manos impide sus gritos. La mano libre, con la mayor delicadeza del mundo, coloca el puñal en el cuello del caído. Y entonces se inmovilizan.

La mujer ha corrido hasta el arma. La ha tomado en sus manos. La ha revisado. Ha puesto el seguro. Por la cañada aparece el otro infiltrado, doblado por el dolor, sostenido firmemente por uno de sus perseguidores, quien le tapa la boca con la mano. El otro no deja de apuntarle con el arma.

Pero no están solos. Por todos los trillos del monte han bajado hombres armados. Los rodean. Dominan la situación. Ayudan a la mujer. Los dos infiltrados se encuentran solos, en medio de más de veinte hombres armados. En silencio.

Del grupo se aparta un hombre. Pregunta por la compañera. Por Ulises. Por los demás. Todos bien. Hablan brevemente. Ulises y el jefe del grupo se dirigen a los intrusos, que permanecen de pie y rodeados.

—¿Por dónde desembarcaron? —pregunta el jefe.

—Por allá —dice uno de los sorprendidos enemigos.

Y señala el rumbo de la cañada.

—¿Por allá por dónde? ¡Vamos!

—La cañada sale a un canalizo entre los mangles. Ahí —dice el otro.

—¿Cuántos son? —es ahora Ulises quien pregunta.

—Uno, se quedó uno —casi se le escapa en su azoro.

—¿Cuál es la clave? —insiste Ulises.

—¿Cuál clave? —pregunta socarrón el hombre.

—¡Vamos! ¡Déjate de juegos ahora!

La presión de unos brazos, las armas cercanas, el recuerdo del golpe y el puñal, lo ponen serio.

—Hay que decir sesenta —responde.

—¿Y qué debe decir él?

—Cien —aclara con sapiencia— para que sea la cuenta.

El jefe del grupo de apoyo y Ulises se retiran unos pasos. Conversan en voz baja. Uno de los detenidos es retirado hacia donde se encuentra la mujer. Lo acompañan tres hombres más. El resto del grupo, con Ulises y el jefe a la cabeza, se introducen por la cañada, con el otro infiltrado como guía.

Avanzan en silencio. Lentamente. Agachados. Llega hasta ellos el salitre del mar. Escuchan el romper de las olas. Se encuentran cerca, muy cerca. Arena y mangle. Los pinos quedan atrás, y la cañada también. Ahora el agua salada se encaracola por entre tierra y roca, formando bolsones y canalizos. El grupo se detiene.

El jefe del grupo no habla. Son sus manos en movimiento las que indican. Aquí, allá, por este lado, por el otro. Y los hombres van rodeando la zona, avanzando hacia la costa. Sólo quedan dos hombres con Ulises, el jefe y el detenido. Entonces reinician la marcha por entre el fangal. No hace falta el aviso que les hace el que los guía. Allí, junto a unos troncos, con el mar abierto a su espalda, hay una sombra. Es una balsa de goma. Tiene un motor fuera de borda. Sobre ella, un hombre espera.

El detenido siente la presión de las manos de Ulises.

—¡Sesenta! —dice.

En la balsa se produce un movimiento. Al rumor de las olas que golpean contra el casco, se une ahora el del motor recién encendido.

—¡Sesenta! —repite el hombre.

—¡Cien! —le contestan desde la balsa por sobre el ruido del motor.

Todo sucede entonces de manera precipitada. Varias sombras se han encimado a la balsa. Truenan la ametralladora del hombre sobre cubierta, que intenta despegarla del mangle. Lo consigue. Una descarga cerrada se escucha desde el grupo. Un fulgor enceguecedor sube velozmente y lanza una cortina de luz sobre la cesta y el mar. La balsa se encabrita sobre el agua. El hombre chapotea por el canalizo, pretendiendo huir y gritando palabrotas. Allá, en el mar, se escucha un lejano retumbar.

Las lanchas de los guardafronteras, arrojando espuma sobre la borda, con un surtidor a popa, cruzan diagonalmente la marejada. Son varias. Y todas avanzan hacia un mismo lugar. Más allá, los barcos han rodeado el buque madre enemigo. Cruzan cañonazos. La luz de las bengalas ilumina toda el área. Los aviones hacen fuego rasante sobre el barco de la CIA que huye por entre la marinería, que ahora se aparta. Son los aviones los que continúan su labor. Y el barco en llamas, totalmente escorado, explota en mil pedazos de fuego con tanta luz como si fuera el mismo sol.

Todo ha terminado

Pudo haber sido así. Pero no lo fue. Me lo dijo el teniente tras mucho preguntar. Se había detenido en su relato y pensé que descansaba un momento. Pero su silencio se prolongó como si no pensara continuar. Aún esperé varios minutos más hasta que no pude contenerme. ¿Bueno?, dije, no pensarás dejarme ahora así, sin saber, comencé a rezongar como otras veces.

¿Lo que le ocurrió al grupo cuándo llegó al punto de contacto? ¿Y después?, se sonreía traviesamente, pues llegaron a la costa, se encontraron con el enemigo e incluso los espías fueron capturados y presentados por televisión para que todo el pueblo conociese sus crímenes.

Comencé a objetar.

Este caso era cierto, me dijo, y me lo había contado casi todo, pero no podía darme nuevos detalles, ni siquiera sobre la presentación por televisión, porque por ahí, yo, que era un lince, descubriría otros aspectos reales del caso, y entonces...

Me defraudas, dije desanimado, ahora resulta que en verdad me escondes las cosas, ¿y cómo, en los otros casos, me dabas el expediente para que lo leyera?, añadí intrigado.

Porque en los otros casos todos los participantes estaban sancionados y en éste... se detuvo. Me miró ceñudo. Tú me pediste no sé qué sobre la cosa humana, y lo anecdótico no, y ahora resulta que en realidad querías un relato de espionaje convencional, bromeó, y, sin embargo, ibas a escribir una historia tomando elementos de aquí y allá, y sólo te interesaba conocer, que yo te dijera...

Sí, ya sé, lo interrumpí molesto conmigo mismo, no volveré a descargarte. Entonces, ¿se acabó?

Suavizó su mirada. No, dijo tranquilamente, puedo decirte además que los barcos llegaron muy cerca, como para poder desembarcar a los espías, tanto, que estuvieron en nuestra mirilla todo el tiempo. No se pudo actuar, ¿sabes? Estamos rodeados por rutas de compañías navieras y no podemos arriesgar la vida de otros. Había un barco mercante cerca. Cuando el mar estuvo despejado, el buque madre de la CIA ya se había marchado.

¿Y entonces?, me lamenté, ¿cómo terminó todo esto?

Te recuerdo, dijo con sorna, que poco antes de esa fecha, sí se bombardeó el buque «Rex» de la CIA, y además, las fotografías de su casco destruido por nuestra metralla les dieron la vuelta al mundo. De manera que, sonreía burlón, cuando escribas la novela puedes utilizar el recurso, y lanzó una carcajada, sin cargo de conciencia, porque se ha hecho.

Yo no cejaba en mi propósito, en este caso no había sido así, pero éste es uno entre otros, decía él, pero no es éste, argüía yo. ¿Insistes en escribir éste solamente?, preguntó ahora molesto. Sí, contesté decidido, y aún tengo cosas sin aclarar, y molesto, y lo escribo tal y como fue, o no hago nada.

Era una extorsión, lo reconozco. ¡Parece mentira!, dijo. No, respondí, parece mentira que ahora sólo te importe la intriga a ti y me apliques tu famosa regla de oro, no piensas en el valor humano del caso, no tuvo remedio, se me escapó la frase. No, no, por favor, otra descarga no, dijo él.

En fin, reímos.

¿Y el espía? Había hecho una declaración completa, ahora sí definitiva y, remitido a los tribunales, fue sancionado a muchos años de prisión. ¿Y Santiesteban? Se había decidido dejarlo en libertad condicional por esta vez y se le advirtió. ¿Y Néstor? Movié la cabeza el teniente. Se había conversado con Néstor, dijo. Había decidido enfrentar la responsabilidad de quedar en libertad sin cubrirse de manera alguna. Se había mostrado sorprendido al conocer su verdadera participación en el caso. En la actualidad, se hallaba totalmente integrado a la Revolución, de una manera muy consciente.

Quedamos en silencio. Debíamos comenzar el descenso hasta la casa, donde seguramente nos buscaban ya. Trataba de dar continuidad a todo lo que desde el primer día me había contado, a fin de no dejar ningún aspecto sin explicación. Todo estaba claro. Bien claro. Sin embargo, algo indefinible me rondaba, como si en realidad no tuviera todos los elementos. Como si faltara el toque que permitiera comprender lo que desde un principio intentaba, y que no se refería tan sólo a un argumento de tensión.

¿Y Ulises?, pregunté, sorprendido de no haberlo hecho antes, ¿dónde estaba ahora?, si podía decírmelo. ¿Continuaba siendo oficial? ¿Llevaba otros casos? Seguíamos ladera abajo, y sin volver el rostro me respondió secamente, no, ya no lleva casos.

¿No está con ustedes?, insistí intrigado, ¿murió?, ¿el enemigo quizás?, ¿fue enviado a otro trabajo, en otro frente que...? Seguimos descendiendo por entre los arbustos. No, nada de eso, respondió aún sin mirarme, está con nosotros. ¡Ah!, exclamé, comprendiendo que no quería dar más explicaciones y que nunca lograría forzar su decisión.

¿Y ahora? ¿Y la novela?

Se detuvo de repente, ¿cuándo pensaba yo terminar la novela?, me preguntó, al fin y al cabo me había ayudado, dijo. Sí, desde luego, respondí, ¿y por qué no me había dado este caso desde el principio?, realmente poseía cualidades que no había encontrado en otros, o tal vez se debía a su narración, me había mostrado elementos que no se encuentran, por lo general, en los expedientes.

Es que, me miró todavía ceñudo, este caso tiene un valor especial para mí, se mordió los labios, y al principio creí que no debía conocerse, pero al ver cómo te planteabas el problema, no dijo más, y continuamos descendiendo por la ladera. Yo lo seguía, no quise insistir, en eso se detuvo de nuevo. Me preguntaste por el oficial, dijo, y noté en su voz aquel algo indefinible que me había intrigado en momentos de su narración, ahora es jefe de un grupo de oficiales, dijo, ha llevado otros muchos casos, mejores y peores que éste, hizo un gesto con la cabeza, probablemente hoy en día hubiera trabajado mucho mejor un caso como éste, pero ninguno le ha brindado igual satisfacción que su primer caso importante, y al viento, sin siquiera mirarme, ladera abajo de nuevo, lanzó las palabras. Ulises era su nombre de guerra en aquella época.

Al oscurecer llegamos a la casa. Todos nos esperaban un poco preocupados por nuestra tardanza. No volvimos a hablar ni del caso ni de la novela. Todo estaba dicho. Poco después recibí el expediente completo, acompañado de una nota:

«Al día siguiente de la operación, pasé por la oficina a recoger los equipos para su envío a los tribunales. Por coincidencia era la hora de las transmisiones. No sé por qué, se me ocurrió conectar el receptor. Repitieron su último mensaje. Evidentemente, aún tenían esperanzas de recuperar a su espía, de no haber fallado. Pero aquella noche sí había sido la última vez. Y

lo perdieron. ¡Ay, aquel oficialito de la CIA! ¿Dónde estará? Éxitos en tu empresa

»**Ulises.**»

Y ahora tengo grabaciones, notas taquigráficas, materiales originales, el expediente y la narración completa por su protagonista principal. Sólo me falta escribir la novela. ¿Y cómo lograrlo, sin que resulte la clásica novela de espionaje?

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, calle G número 505, El Vedado, Ciudad de La Habana.

SOBRE EL AUTOR



ARMANDO CRISTÓBAL PÉREZ (La Habana, 1938) ha publicado **La ronda de los rubíes** (1973), que también ha aparecido en la URSS y la RDA. Esta novela fue reeditada en 1977. Una selección de sus cuentos integra el tomo **Siete variaciones policiales** (1975). Sus cuentos y ensayos han sido publicados en distintas revistas. Es licenciado en Ciencias Políticas y funcionario del Comité Central del PCC.

Explosión en Tallapiedra es, como bien ha expresado **Félix Pita Rodríguez**, un logrado hito señalador en el punto de partida de la historia de la narrativa policial cubana. Incorporando a la ficción hechos reales, el autor de esta novela aporta una obra que, por lo importante de su tema, así como por la audacia estructural con que ha sido concebida, llega al lector como culminación de un valioso trabajo creador.

La narración transcurre en la década del sesenta. La CIA elabora un meticuloso intento de sabotaje con el propósito de realizarlo en la Planta de Electricidad de Tallapiedra. Para llevar a cabo con éxito esta acción criminal, la CIA capta al ingeniero **Francisco J. Cardona**, trabajador de la Planta, quien será el responsable de la ejecución del sabotaje. Éste cuenta a su favor con todos los recursos que el enemigo pone a su disposición...



Armando Cristóbal Pérez (La Habana, 1938) ha publicado *La ronda de los rubíes* (1973), que también ha aparecido en la URSS y la RDA. Esta novela fue reeditada en 1977. Una selección de sus cuentos integra el tomo *Siete variaciones policiales* (1975). Sus cuentos y ensayos han sido publicados en distintas revistas. Es licenciado en Ciencias Políticas y funcionario del Comité Central del PCC.